

colorchecker CLASSIC

x-rite

mm

R.12.622

RES
1428
(4)

CARTAS
Á EMILIA
sobre
LA MITOLOGÍA,

escritas en frances en prosa y verso

POR

Carlos Alberto Demoustier,

y traducidas por

D. Romualdo Gallardo.

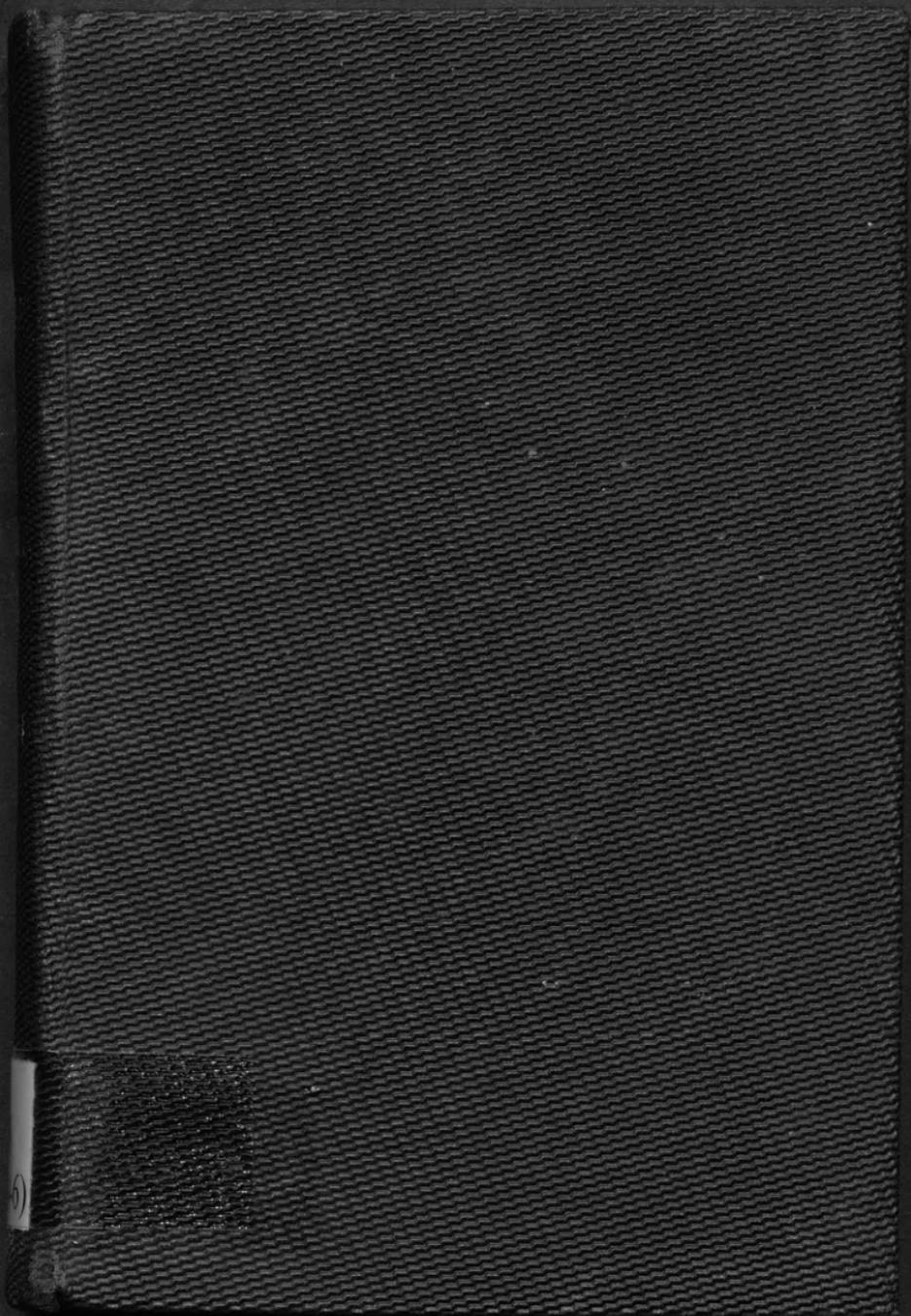
CUARTA PARTE.



MADRID: 1840.

IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS,

donde se hallará.



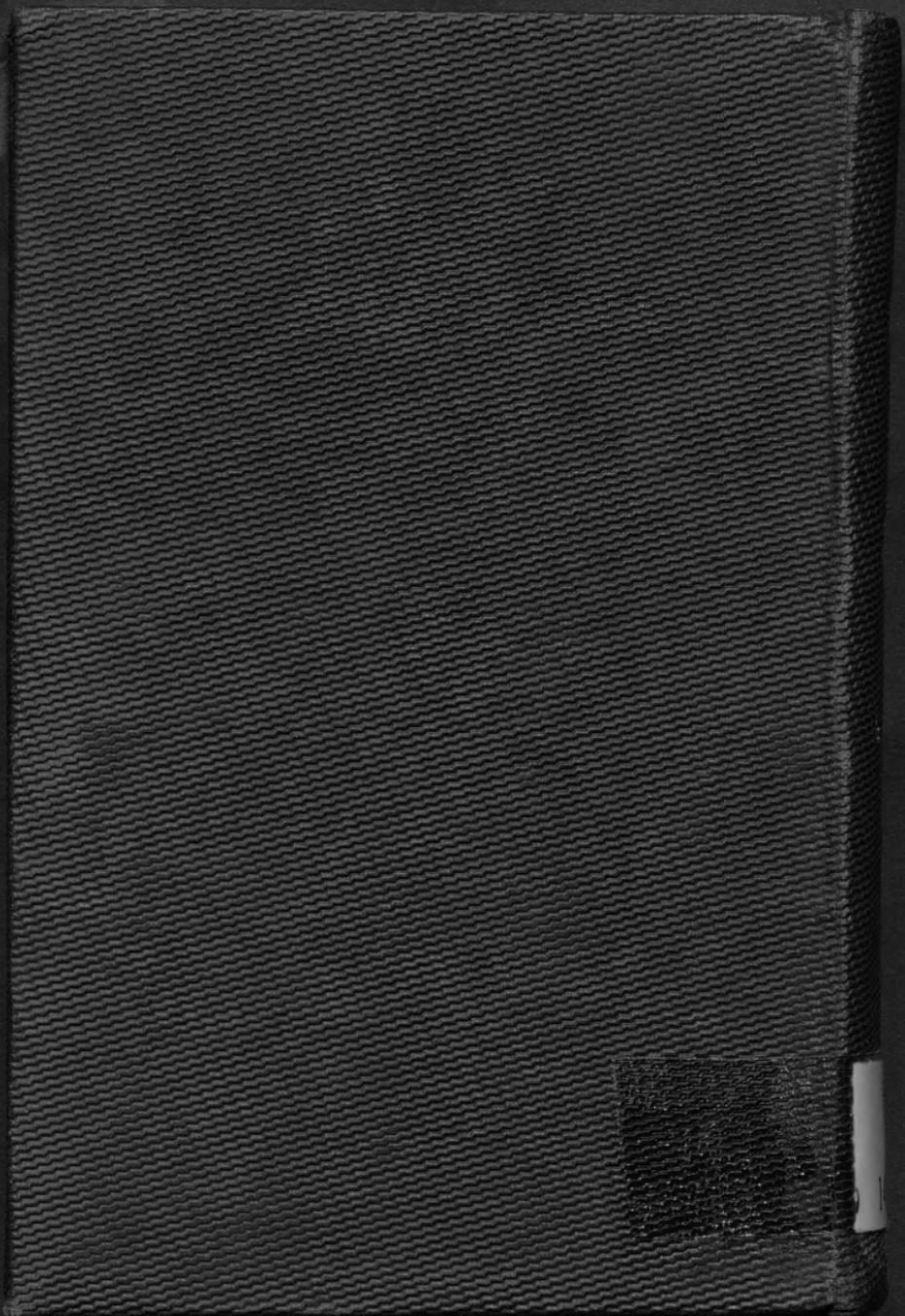
CARTAS

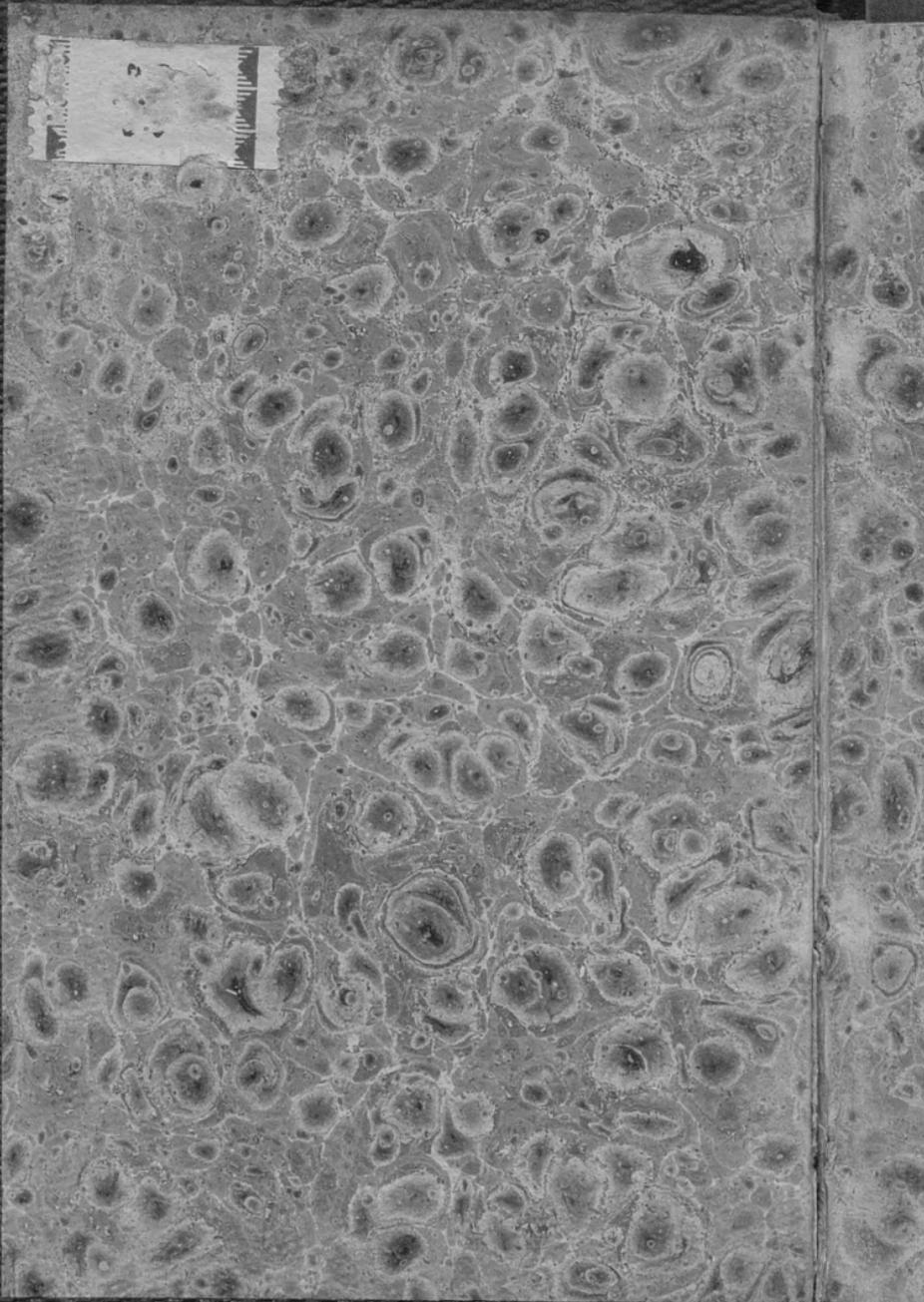
À

EMILIA

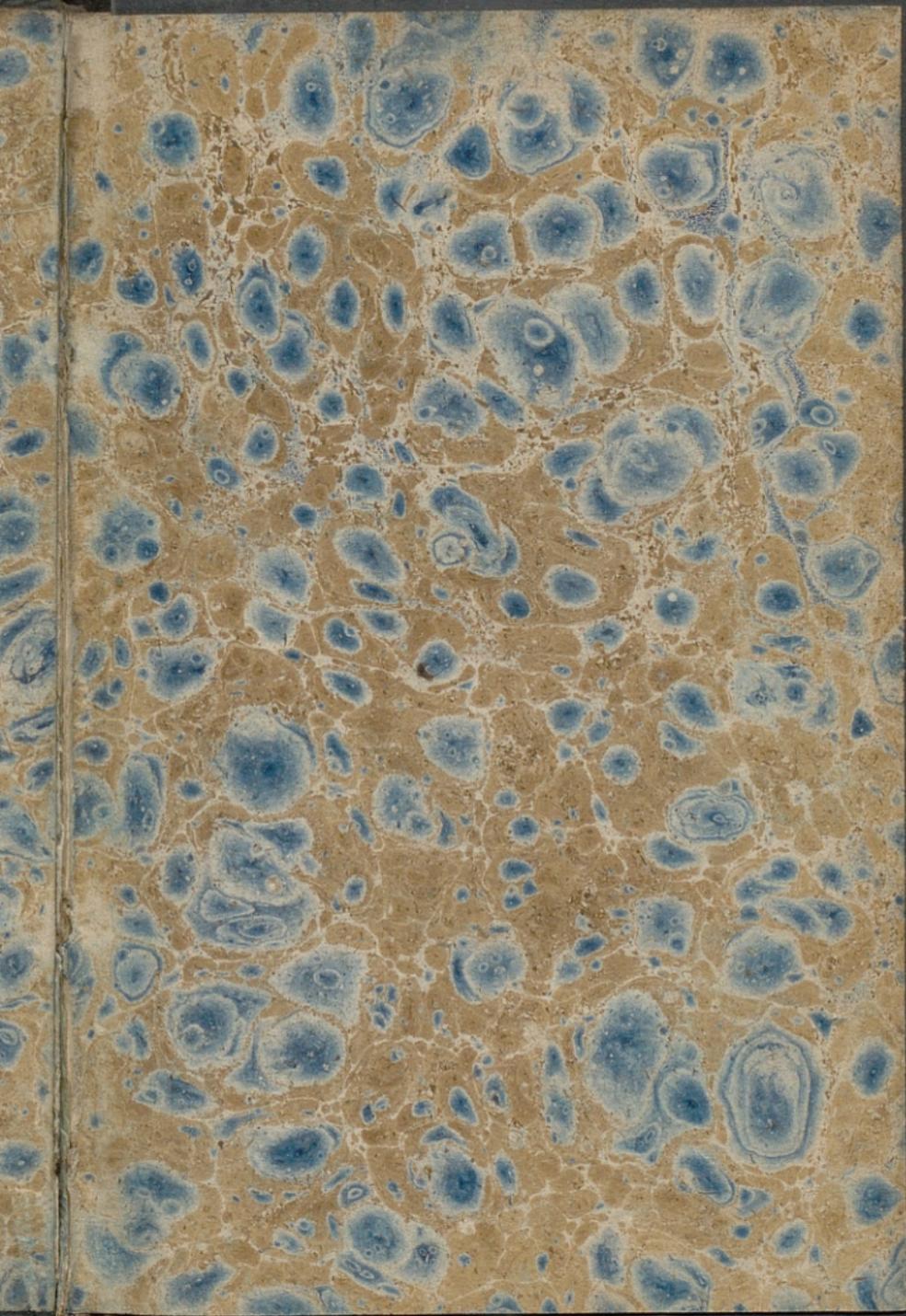
4-5-6

RES
1428(4-6)





Small white label with illegible text and a barcode-like pattern.



A. 182/8705 B.

CARTAS
À EMILIA
sobre
LA MITOLOGÍA.

CUARTA PARTE.

A 1087/37-280

CARTAS

À BRUNO

1800

LA MITOLOGIA

QUARTA PARTE

R. 12.622

RES
1428
(4)

CARTAS
Á EMILIA
sobre
LA MITOLOGÍA,

escritas en frances en prosa y verso

POR

Carlos Alberto Demoustier,

y traducidas por

D. Romualdo Gallardo.

CUARTA PARTE.



MADRID: 1840.

IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS,

donde se hallará.

N. B. ...

~~LA MITOLOGÍA~~

À EMEREA

de

LA MITOLOGÍA

escritas en francés en prosa y verso

por

D. Manuel de Collado

y traducidas por

D. Manuel de Collado

CUARTA PARTE

MADRID: 1840.

IMPRESA DE D. MIGUEL DE BURGOS

Se vende en hallado

EMILIA.

¡Aun pretendes, Emilia, que mi canto
Ensalzando prosiga los amores
En medio del terror y del espanto
Que originan las armas y tambores!
¿Cómo bosquejará mi triste llanto
De Flora y Primavera los verdores,
Cuando cubre la muerte con su duelo
De nuestra patria el floreciente suelo?

Mi Musa, cubierta con el velo de la
amargura, busca en silencio por las pro-
fundas selvas y solitarias cavernas un
asilo donde la Discordia y el Odio aun
no hayan penetrado. Allí, lamentando lo
pasado, llorando lo presente, y leyendo
en un fatal porvenir, depondrá tristemen-
te su destemplada lira, esperando la in-

cierta vuelta de la Paz, de las Artes, de
la Virtud y de la Felicidad.

Si mando bosquejar á mis pinceles
Del héroe esclarecido las hazañas,
O la dicha que reina en las cabañas,
O el placer que nos causan los verjeles;
Mi pulso, de terror acometido,
En vez de manejar bellos colores
Que imiten la viveza de las flores,
Se sirve de enlutado colorido.

Ni ¿cómo expresará, cual lo desea,
Mi mano con belleza y con dulzura
De los siglos dorados la ventura,
Al ver la mortandad que nos rodea?

Voy, sin embargo, á manejar por V.

mi lira y mis pinceles. Ya sabe V. que en
mis escritos tiene mas parte mi corazón
que mi Musa; pues si bien hay revolu-
ciones que causan trastorno en el ánimo,
jamás deben trastornar estas el corazón.
El talento se sujeta al arte, y los senti-
mientos á la naturaleza; y esta única-
mente, en medio de los trastornos uni-

versales, sigue tranquila su marcha sin
sufrir alteracion.

Un drama representa nuestra vida,
Donde somos actores los mortales,
Y los bienes unidos á los males
Forman una cadena repetida.
Cada acto presenta una salida,
Nuevos hechos, hazañas y victorias,
Mas los Reyes y Cides con sus glorias
Desparecen, la escena concluida.

Y mientras la Parca fiera,
Incorruptible, severa,
Sacia en el hombre su saña
Con la cortante guadaña,
De los siglos el torrente
Tras su rápida corriente
Se lleva consigo mismo
De los tiempos al abismo
Cien mil acontecimientos
Y otros tantos monumentos.

Y en esta confusion, solo Natura
Impávida prosigue su carrera,

Cubriendo por la bella primavera
Las ruinas y sepulcros de verdura.

Su sábia prevision y su cordura

Reserva para todas las edades

Los amores y antiguas amistades,

Y calma del mortal la desventura.

Y mientras la Pura Vera,
Incorruptible, severa,
Saca en el hombre su saña
Con la constante guardaña,
De los siglos el torrente
Traz su rápida corriente
Señora consigo mismo
De los tiempos al abismo
Con sus conocimientos
Y otros tantos monumentos.
Y en esta confusión, solo Natura
Impavida prosigue su carrera,



CARTAS Á EMILIA

SOBRE

LA MITOLOGÍA.



CARTA XLVII.

TITON Y AURORA.

Mañana, cuando Emilia seductora,
Al levantarse Aurora,
Descorra de su cama la cortina,
Y muestre su belleza peregrina;
Y cuando con la gasa sus temores
Oculten los contornos primorosos
Que los mismos Amores
Fisgarian con ojos envidiosos;
En fin, cuando consiga
Que domine Amistad pura y sincera
En casa de mi amiga,
Aquel día feliz ; dulce quimera!
Admirando de cerca sus facciones,
Veré sus perfecciones,
Su natural frescura,
Su bello colorido y su blancura.

IV.

A

Cual abeja recoge presurosa
 El jugo de las flores
 Que trasforma despues en miel sabrosa;
 Asi recogeré bellos colores,
 Para pintar á Aurora,
 Del rostro de mi amiga encantadora.

Hasta que se me proporcione esta deseada ocasion para hacer su retrato, voy á bosquejar su historia, es decir, sus amores; pues esta es la verdadera historia de una belleza.

¿Fué cruel ó cariñosa?
 ¿Quién fué su primer amante?
 ¿Fué dichoso algun instante?
 ¿Supo hacerla venturosa?
 ¿Era fiel ó caprichosa?
 ¿Cuántas veces en un dia
 De queridos mudaria?.....
 — Ved la historia de una hermosa.

Aseguran muchos autores que la Aurora es hija del Sol y de la Tierra, aunque algunos la creen hija de Titan; pero esta segunda opinion conviene con la primera, pues Titan es ese mismo gigante * que ilumina y fertiliza el

* Al mundo regenera
 Con solo su presencia rutilante;
 Nada su curso altera:
 Cual soberbio gigante
 No para su atencion, sigue adelante.

J. B. Rousseau, Oda 2 lib. 1.

mundo con su resplandeciente carro.

Desde el momento en que el Sol deja los brazos de Tetis, se coloca Aurora en su carroza dorada, la que conducen dos corceles mas blancos que la nieve. Las ruedas de su carroza trazan en los aires un ligero surco de color de púrpura esmaltado de oro y azul. La diosa al llegar á las transparentes puertas del oriente, las abre con sus manos de rosa; y allí, detenida en una nube, espera con impaciencia la vuelta de su padre. A breve rato, en medio de la armonía que causan las esferas celestes, le parece que se oyen los relinchos de los cuatro corceles: su corazon palpita de gozo y esperanza; mira segunda vez, y á través de un vapor inflamado distingue al ardiente Pirois, al veloz Eoüs, al fogoso Etonte y al indomable Flegonte*: distingue en seguida á su mismo padre, en cuya mano inmortal se ven las brilladoras riendas. A su vista enrojece la hija de la Luz, y sus ojos vierten lágrimas de ternura, las que recogen los céfiros en sus alas para esparcirlas en

* Nombres de los cuatro caballos del Sol.

rocío sobre las flores. Así, bella Emilia,

Cuando la tierna rosa
 Que segué para ti de madrugada,
 Te presenta mi mano temerosa,
 Advierte cual se mira coronada
 De cristalino lloro,
 Cuyas gotas aumentan su tesoro.
 Aceptando mi dádiva inocente,
 Contempla su verdor, y ten presente
 Que debe su frescura
 Al cariño filial y á la ternura.

Amado á su padre, vivía feliz Aurora sin imaginar que existiese otro amor, cuando conoció en los campos de Troya al hermoso Títon, hijo de Laomedonte, y hermano de Príamo, rey de los troyanos. Ya he dicho á V. * que le robó, se casó con él, le hizo inmortal, le envejeció en ocho días, y le trasformó en cigarra. Así es que Aurora apenas conoció al amor, y su felicidad se desvaneció como un sueño. Pero en breve fué recompensada, logrando ser madre al dejar de ser esposa. El hijo, que por sus perfecciones ocupó el lugar del esposo, fué el célebre Memnon.

De Títon este vivo retrato
 Los sollozos maternos ahogaba,

* Carta XXXIII, segunda parte.

Y su bella figura calmaba
 De la viuda la pena y dolor.
 ¿Qué placer no disfruta una madre,
 Si, gozando tranquilo reposo,
 En sus hijos abraza al esposo
 Que gozara otro tiempo su amor?

Memnon desde sus mas tiernos años
 fué un héroe; pero el camino peligroso
 de la gloria le condujo á la muerte. Ha-
 biéndose reunido los griegos para sitiar
 la ciudad de Troya, el hijo de Titon,
 nieto de Príamo, corrió con una armada
 al socorro de este príncipe desgraciado;
 pero antes de penetrar en los muros de
 la ciudad sitiada se encontró con el in-
 vencible Aquiles, combatieron ambos,
 y sucumbió á manos de este. No pintaré
 á V. la desesperacion de Aurora.

¿Quién pinta de una madre los dolores,
 Sin haber disfrutado sus amores?
 La hija del luciente y claro Dia
 Con las nubes su luz oscurecia,
 Los lloros que vertia su amargura
 Disecaban las flores y verdura:
 De Aurora contemplando la tristeza
 De luto se cubrió Naturaleza.

Júpiter en fin, para darle algun con-
 suelo, le prometió que su hijo renaceria
 bajo una nueva forma. Efectivamente,
 apenas el fuego hubo consumido el cuer-

po de Memnon, se vieron salir de la hoguera, segun dicen, dos pájaros blancos, conocidos con el nombre de *Memnónidas*, cuyos pájaros se multiplicaron en poco tiempo y se volaron á diversos climas. Pero si hemos de dar crédito á Plinio y otros escritores de la antigüedad, todos los años por la misma época se reunen los Memnónidas en la tumba de Memnon, y combaten entre sí para hacer una libacion de su sangre en honor suyo. Otros aseguran que todos los años vienen estos pájaros á segar con su pico el cespced que cubre la tumba de Memnon, y que la rocían en seguida con sus alas mojadas en el rio Asopo.

En todo tiempo y edad
 Por captarse la amistad
 De grandes y poderosos,
 Con sucesos fabulosos
 Se halagó su vanidad.

Con el tiempo se fabricó una estatua de mármol negro que representaba á Memnon sentado, sus manos elevadas, y la boca medio abierta en ademan de hablar. Apenas el primer rayo de Aurora heria el cuerpo de la estatua, tomaba esta un aire risueño y animado; y des-

pues que el rayo tocaba en su boca, salia de ella un sonido tierno y melodioso que parecia decir: 'Buenos dias, madre mia.' Y por la tarde, cuando Aurora marchaba á iluminar otro hemisferio, parecia que suspiraba en tono triste y lastimero: ¡Adios, madre mia!

Tal era, Emilia, la famosa estatua de Memnon, á la que me hace parecer V. algunas veces. Por ejemplo:

Al verme de mi amiga separado,
La quisiera encontrar en el momento,
Y hacerla sabedora del tomento
Que sufre todo amante desterrado.

A buscarla me parto apresurado,
En su casa gozoso me presento,
Y á su vista me quedo sin aliento,
Y tiembla el corazon acobardado.

De Memnon á la estatua parecido,
Cual si fuese de mármol que no siente,
Permanezco suspenso, enmudecido;

Mas apenas me mira complaciente,
Al instante me siento poseido
Del lenguaje mas tierno y elocuente.

CARTA XLVIII.**CÉFALO Y PROCRIS.**

La doncella que no ha visitado
De Citeres el templo famoso,
Nunca turba su dulce reposo
El deseo de ver su mansion.

Mas la viuda que noche y mañana
Con Amor viajó de contino,
Siempre quiere volver al camino
Con tan grato y gentil postillon.

Agitada Aurora con tan dulces recuerdos, encontró una mañana al joven Céfalo en la cumbre del monte Hymeto. Céfalo, hijo de Deyoneo, rey de la Fócida, se habia casado con Procris, hija de Ericteo, rey de Atenas: uno y otro estaban unidos por el lazo de esa ternura conyugal que tanto honraba antiguamente, y hoy casi siempre avergüenza. En vano Aurora se valió de todos sus encantos para vencer la fidelidad de Céfalo; este supo hacerse superior. Mas al fin, queriendo triunfar de su resistencia, le aprisionó; y como los cora-

zones no pueden aprisionarse, el de Céfalo permaneció al lado del de su querida Procris. Despues que Aurora hubo detenido inútilmente á Céfalo en su poder, le devolvió á su esposa, diciéndole: ‘algun dia te arrepentirás de haber conocido á esa Procris que tanto amas al presente.’

Estas artificiosas palabras sembraron en el corazon de Céfalo la semilla de los celos; y en aquel mismo instante, resuelto á experimentar por sí mismo la constancia de su esposa, se trasformó en un hermoso jóven, revistiéndose del agrado y semblante de un seductor. El asunto era delicado.

Ignoro, por fortuna, aquella suerte
Que me tiene Himeneo reservada;
Mas antes prefiriera dura muerte
Que dudar un instante de mi amada.

A pesar de la ausencia de Céfalo, Procris le amaba mas que nunca: asi es que las propuestas del amante desconocido fueron inmediatamente despreciadas. Esto era demasiado, y Céfalo, mas dichoso que sábio, debió contentarse con esta tentativa peligrosa; pero el in-

sensato prosiguió en estos términos:

Céfalo á tu cariño es inconstante.
 — ¡Será cierto!.... decid. — Yo te lo juro;
 Ha dejado de ser tu fiel amante:
 Olvidó su deber, es un perjuro.
 — Ingrato!..... Pero siempre el alma mia
 Le conserva de amor el fuego puro.
 — Y qué! ¿no calmará su llama fria
 El volcan de tu pecho candoroso?
 ¿Habrás de marchitar tu lozania,
 La inconstancia llorando de un esposo?
 ¿A tal punto degradas tu talento?.....
 En mí tienes un jóven poderoso
 Que cifra en adorarte su contento:
 Disponga tu cariño de mis bienes,
 De mi mano, poder y valimiento.
 ¿Aun asi, bella Procris, te detienes?
 ¿O probar solicitas mi ternura
 Con desvíos, rigores y desdenes?
 Si mi pecho constancia te asegura,
 ¿Por qué dudas, cruel, de mis amores,
 Retardando mi plácida ventura?
 Mitigue tu cariño mis ardores,
 Ó morir me verás en el instante,
 Víctima del desden y los rigores.
 — ¡Morir!... dice la esposa, ¡pobre amante!
 Quisiera mejorar tu triste suerte,
 Mas no puedo, sin ser una inconstante.
 ¿Qué podria yo hacer? — Dame la muerte;
 Y pues tu corazon es insensible,
 Mi vida sacrificio por quererte.
 — Infeliz!.... ya te adoro.... soy sensible.

Céfalo al escuchar estas palabras,
 fuera de sí por haber encontrado lo que
 él mismo se habia empeñado en buscar,

se dió á conocer; y Procris, abrumada de vergüenza y remordimientos, huyó de su palacio, resuelta á no parecer jamas. Pero Céfalo se dirigió inmediatamente en su busca á lo interior de los desiertos, y el marido, bien fuera por vanidad ó por indulgencia, la excusó de no haberle podido resistir; y despues de algunas réplicas, mezcladas con el llanto y las caricias,

Sucedió, segun usanza,
Al huracan la bonanza,
Los halagos al furor;
Y en aquellas soledades
Ante ninfas y deidades
Se juraron nuevo amor:
Confirmando en tal momento
Con la prueba el juramento.

Despues de estas primeras seguridades de reconciliacion, regaló Procris á Céfalo un dardo que jamas erraba tiro, y un perro llamado Lélapo, al que Diana habia amaestrado.

A poco tiempo irritada Temis con los tebanos, porque habian descifrado sus oráculos, suscitó contra ellos un zorro monstruoso que devoraba sus rebaños, y para exterminarle se reunieron

todos los príncipes jóvenes del país.

Si nuestros cortesanos
Perseguir procurasen hoy en día,
Cual los nobles tebanos,
A los zorros que Temis nos envía
Con el fin de matar nuestros corderos,
¿A cuántos herirían sus aceros?

El zorro tebano se burló por mucho tiempo de las persecuciones y asechanzas de los cazadores; pero habiendo Céfalo dirigido contra él á su fiel Lélapo, tanto el zorro como el perro, á la mitad de su carrera, fueron transformados en piedras, sin que aun se haya podido averiguar el por qué ni el para qué.

Céfalo sintió mucho la pérdida de su fiel Lélapo; mas el dardo que le quedaba era suficiente para hacerle el mas hábil y temible de todos los cazadores. Recorria sin cesar los bosques y montañas, teatro de sus triunfos numerosos: en estos sitios, durante los calores del día, sentado sobre la abrasadora tierra, imploraba el socorro de ese vapor refrigerante que habita en las grutas entapizadas de musgo, y bajo el espeso follaje de los árboles venerables, padres y protectores de las selvas.

Aura suave (decia en su retiro)
Oyeme por piedad, ven sin demora,
No tardes, bella esposa de Cefiro:
Concédeme á lo menos un suspiro,
Y calma el vivo ardor que me devora.

Algunas tebanas caritativas que, por desgracia, oyeron á Céfalo, sacaron en consecuencia que esta Aura, á quien llamaba con tanta languidez, seria una ninfa, á la que amaria perdidamente; y llevadas de las mas pacíficas intenciones se lo fueron á contar sin detencion á Procris.

Esta al siguiente dia se encaminó por una exeusada senda al parage que le habian indicado sus amigas, y, ocultándose tras unos matorrales, vió á Céfalo que, agoviado de cansancio, se abandonó al reposo cerca de ella. Sin poder apenas respirar de la fatiga, llama al Aura en su socorro con apagada voz: Procris, no pudiendo contener los transportes de su rabia, hace un movimiento de indignacion que la descubre; y Céfalo, creyendo que el ruido le causa un animal oculto entre el espeso matorral, se incorpora, arroja el dardo fatal.... y un grito tierno y doloroso le hace presentir su desgraciada equivocacion. Pálido

y atemorizado separa las ramas que ocultan la víctima, y recibe en sus brazos á su idolatrada Procris, que con voz moribunda le dice: 'Querido Céfalo, en nombre de este tierno amor, por cuya causa muero, te suplico no te unas jamas á esa Aura, cuyo solo nombre me hace estremecer.' Céfalo entonces, reconociendo su error, la desengaña; mas ¡ah! demasiado tarde.

En sus brazos espira en el instante
 La malhadada esposa,
 A Céfalo mirando cariñosa,
 Y diciendo con voz agonizante:
 ¡Perdona que mi amor tal sospechára!
 El Cielo vengador de los humanos
 Permitió que á tus manos
 Mis injustos recelos expiára.
 Mas ¿qué importa morir, si tu clemencia
 Me procura en tu amor nueva existencia?

No fué insensible Aurora á la desgracia de su querido Céfalo, y aun tuvo algunos remordimientos: mas, para libertarse de ellos, se entregó á nuevos amores, y robó á Orion.

Orion se diferenciaba del resto de los hombres en que no habia tenido madre; pero en recompensa tenia tres padres, sin contar aquel de quien seria heredero.

Júpiter, Neptuno y Mercurio, viajando en compañía, fueron acogidos una noche por un pobre hombre llamado Hyreo. Los tres dioses, reconocidos á su generosa hospitalidad, le ofrecieron en recompensa la gracia que les pidiese, y él les dijo:

Aunque viudo, señores, no deseo
 Sujetarme otra vez al Himeneo:
 Dos mujeres son carga exorbitante;
 Para el débil mortal una es bastante.
 Pero como ambiciono las delicias
 Que nos causan de un hijo las caricias,
 Y para conseguir estos placeres
 Son un mal necesario las mujeres,
 ¿No podriais ¡oh dioses inmortales!
 Concederme los bienes sin los males?

Los dioses, penetrados del buen razonamiento y sencillez de su huesped, cogieron la piel de un buey, que Hyreo habia matado para obsequiarlos, y llenándola de cierta sustancia divina le encargaron la cubriese de tierra hasta cierta época que le señalaron, y de ella nació un hijo á quien puso por nombre Orion.

Este llegó á ser con el tiempo el mas diestro y el mas hermoso de todos los cazadores. Diana y Aurora le amaron á la vez; pero disgustada la hija

del Dia de rivalizar con la diosa de las Selvas, quiso terminar la aventura robando á Orion, y trasportándole á la isla de Delos. El cazador, sin embargo, parece que rompió sus grillos por venir al lado de Diana; lo que es muy natural, pues si Aurora ostigaba, y Diana resistia, esta debia obtener la preferencia. La última correspondió poco á poco á los sentimientos de Orion, concibiendo hácia este una pasion pura y celestial: mas Orion, cuyos amores participaban de los principios terrestres, sorprendiendo un dia á Diana sola y pensativa á la sombra de un bosquecillo misterioso, le dijo arrojándose á sus plantas:

Para vencer tu rigor,
Oh bella y casta Diana,
Empleo noche y mañana
En perfeccionar mi amor.

Pero viendo la beldad
De tu rostro soberano,
Un sentimiento profano
Domina mi voluntad.

Y á pesar de la pasion
Virtuosa que me asiste,
A mi pecho se resiste
El amar á lo Platon*.

* Me parece que hay aqui un anacronismo de algunos siglos, y ruego á los enamorados platónicos se siryan ilustrarme sobre este particular.

El argumento era fuerte; y Diana, en vez de contestarle, hizo que un escorpion escondido entre unas matas picase al amante, trasportando en seguida al amante y al animal al cielo, donde formaron dos constelaciones, de tal modo colocadas, que todavía parece que el Escorpion amenaza á Orion.

Adios, amiga mia:

Mañana al despuntar el bello dia
Espero visitar la selva umbrosa,
Solitaria y frondosa,
Do gusto la delicia suave y pura
De escribirte pensando en tu hermosura.

Alli, sobre la cumbre dominante,
Veré lleno de gozo penetrante
La placentera Aurora
Que sonriendo llora,
Sus gracias aumentando y su portento;
Y diré, contemplando su lamento:
Asi llora y suspira
La que mi amor y mi constancia inspira;
Y si mortal no fuera,
En todo á la deidad se pareciera.

Aunque roben los años algun dia
La belleza, la gracia y lozania
De Emilia floreciente,
Durará su virtud eternamente;
Y nuestros corazones,
Que amistad estrechó con lazo fuerte,
Iguales en deseos y pasiones,
Separar no podrá la fiera muerte.

IV.

B

Perdona, Emilia amada,
Si tan triste recuerdo no te agrada;
Amar es un placer tan lisonjero,
Tan vivo y pasajero,
Que todos los que temen su mudanza
Abrigan la esperanza
De que sean eternos sus amores,
Y no apague la tumba sus ardores.



CARTA XLIX.

FLORA, PALES, FAUNO, Y SILVANO.

Llegada ya por fin la Primavera,
 El Invierno ceñudo desaparece;
 Otra vez la campiña reverdece,
 Y Natura se muestra placentera.
 Del Amor la morada lisonjera
 Cubierta con las flores aparece.....
 Mi amiga ¿dónde está, que no parece?
 En la corte, sin duda, prisionera.
 Quebranta, Emilia mia, las cadenas,
 Y ven á respirar aire sereno;
 Aquí se calmarán todas tus penas.
 Sin ti se mira mustio el prado ameno,
 Y las rosas de fuego y pudor llenas
 Desean adornar tu casto seno.

Ignoro lo que pasa por las riberas
 tumultuosas del Sena; pero aqui la no-
 vedad mas interesante es la llegada de
 la Primavera, que acaba de hacer su
 entrada por nuestras llanuras con todo
 el brillante aparato de su antigua mag-
 nificencia.

Sobre nube pacifica y ligera,
 De rocío formada,
 Y de rayos del Sol iluminada,
 Nuestros llanos visita Primavera,

Y adormida Natura
 A dejar el letargo se apresura,
 Sintiendo los ardores
 Que su seno inmortal cubren de flores.

Con un velo sutil cubre la diosa
 El seno delicado:
 Su semblante risueño y animado,
 Su rubor y mirada cariñosa
 Animan al momento

El campo que yacía macilento,
 Y la mística pradera
 Mas alegre se muestra y placentera.

A vista de la tétrica amargura
 En placer trasformada,
 Se pone Primavera sonrosada,
 A causa del pudor, cual virgen pura.

Su candorosa frente
 Adorna con la yerba solamente,
 Pues á toda belleza
 La noble sencillez da gentileza.

El Amor, que se va do no le llaman,
 Y en fisgar se recrea,
 Al lado de la diosa juguetea,
 Recogiendo las flores que derraman
 Sus manos celestiales;

Y despues, las saetas infernales
 Que nos despide airado,
 Adorna con las flores que ha robado.

La madre de la bella Primavera,
 La rozagante Flora
 Un canasto de flores atesora
 De tantas como cubren la pradera;
 Y á Céfiro llamando,

Que viene sin tardanza jugueteando,
 Le suplica postrada
 Se las lleve á su hija idolatrada.

El Placer juvenil y los Amores,
 Alegres y contentos,

Al son de bien templados instrumentos
Se trasforman en diestros cazadores;
Y tocando su cuerno
Veloces se apoderan del Invierno,
Y despues de amarrado
Le arrojan viöletas al cuitado.

La turba de cortesanos que cierra la marcha es conducida por el dios Pan, acompañado de los Faunos y Silvanos. Priapo camina á su derecha escoltado por los Sátiros; y estos, con ojos lascivos, consideran á las Driades, Hamadriades, Oreades y Napeas, que rodean á Pales, diosa de los prados y protectora de los pastores. El dios Término cuando los ve pasar suspira porque no puede seguirlos; pero luego se calma su dolor viendo crecer las verdes plantas que han de coronar su frente.

Tal es, Emilia, el órden y marcha que observa en su entrada la Primavera; la que, segun creo, sobrepuja á la de nuestros embajadores. Y sin duda cuando V. vea pasar este simulacro de potentados, rodeados de la magnificencia real, se enterará del nombre y empleo de los principales personajes que le acompañan. Me creo por lo tanto en la obligacion de dar á conocer á V. los

principales ministros de la reina mas amable del año.

El primer ministro de Primavera es la diosa Flora, que, en calidad de reina-madre, gobierna durante el reinado de su hija el pueblo alegre de las flores. Céfiro, que la acompaña, reparte sus servicios entre Flora, Ceres y Pomona. Este ligero dios debe su existencia á Eolo y á Aurora; y con alas de mariposa se sostiene su cuerpo diáfano en medio del vapor etereo. Tan rojo y tan lozano como las flores que halaga, se manifiesta en su rostro el pudor virginal de la rosa naciente, y en sus miradas la dulzura y suavidad de los primeros rayos de Primavera. Encargado de cuidar los frágiles tesoros que sustenta el seno de Cibeles *, separa con su soplo y alas los Aquilones y negras tempestades, alimentando con las lágrimas de su madre á las delicadas flores, á los frutos y á las mieses.

Los sabios no se atreven á decidir si Céfiro es el amante ó el esposo de Flora; de suerte que la legitimidad de

* La Tierra.

la Primavera todavía es un problema. Los escritores maliciosos avanzan algo mas; y si hemos de darles crédito, la diosa Flora no es mas que una mortal divinizada, que antiguamente vivió en Roma á expensas de los ciudadanos jóvenes. Cloris fué su verdadero nombre; pero enriquecida por sus amantes, nombró al Senado por heredero, y este, en agradecimiento, la divinizó. No sabiendo los senadores qué reino señalarla, le adjudicaron el de las flores, que entonces estaba vacante, y la unieron á Céfiro, esposo inconsecuente, que convenia perfectamente al carácter variable de la nueva diosa. Tambien instituyeron en honor suyo los juegos Florales, en los que las mujeres públicas, despojadas del vestido, corrian y combatian al son de las trompetas, y aquellas que en la lucha ó la carrera habian conseguido el premio, recibian una corona de flores. La estatua de la diosa aparecia en medio de ellas cubierta de un ropaje que sostenia con la mano derecha, y con la izquierda presentaba un manojito de habas y guisantes, porque los Ediles arrojaban estas legumbres al pueblo

mientras duraban los juegos Florales:

Sí estos detalles son verdaderos, no dudo que V. prefiera á la diosa Flora la diosa Feronia, otro ministro de la Primavera, que gobierna interinamente á los frutos nacieses hasta el momento en que la diosa Pomona toma por sí misma las riendas de su imperio. Habiendo el fuego consumido antiguamente un bosque consagrado á Feronia, situado en el monte Soractes, corrieron sus vecinos inmediatamente á poner en salvo á la estatua de la diosa; pero de repente se coronó el bosque de verdura, cuyo milagro acreditó de tal modo á Feronia, que sus sacerdotes osaron alabarse de caminar sobre tizones encendidos, ó de tener en sus manos el fuego mas vivo sin que les causase la mas leve impresion.

Mas si tus manos tocáran
Estos curas insensibles,
O sus pies incombustibles
Sobre tus huellas posáran,
No dudo que se abrasáran
Descubriendo su ficcion,
Y al demandarte perdon
Su hipocresia mostráran.

No tan respetada, pero mucho mas

amada que está diosa, dominaba Pales en las praderas y rebaños. Sus adornos eran tan sencillos como su culto: un velo cubria sus inocentes encantos, y el romero y laurel adornaban sus cabellos, porque con estas yerbas unidas al pasto purgaban los pastores sus rebaños durante sus fiestas; y en sus brazos tenia un haz de paja *, porque servia de cama á los ganados. Se celebraban sus fiestas en el mes de Mayo: los pastores le presentaban ofrendas de leche y miel; y encendiendo en seguida tres grandes hogueras á distancias iguales, saltaban por ellas, y el mas ágil llevaba el premio, que por lo regular consistia en un cabrito ó cordero.

En aquellas edades
 La ficcion el mortal no conocia,
 Y adoracion rendia
 Con sencillo candor á las deidades.
 El Reconocimiento
 Sus fiestas ¹⁽¹⁾presidia y animaba,
 Y al fin las coronaba
 El Placer, la Ventura y el Contento.

Las compañeras de Pales son las Napeas

* Pales se deriva de la palabra latina *palea*, pajas.

y las Oreades: las primeras presiden á las llanuras, y las otras á las montañas. Estas ninfas se dice que fueron las nodrizas de Ceres y de Baco, porque las mieses crecen en los campos y las colinas se cubren de viñedo. A las Oreades somos deudores de la miel, pues una de estas ninfas halló en el hueco de un árbol un panal de este dorado licor, y habiéndosele hecho gustar á sus compañeras, quedaron tan encantadas del precioso descubrimiento, que dieron á las abejas el nombre de *melisas*, y á su nectar el de *mél*, que nosotros hemos traducido en *miel*.

La inspeccion de los árboles y bosques en general estaba encomendada á las Dríades *: las Hamadriades eran tan multiplicadas como los árboles, y nacian, vivian y morian con el árbol cuya existencia les estaba encomendada **. Esta ingeniosa ficcion ^{JOH.} ₉₄ que prodiga las

* *Driade* se deriva de la palabra griega *Drys*, que significa *árbol*. *Hama* quiere decir *con*; y por lo tanto *Hama-Driade* significa *unida con el árbol*.

** Se imaginaron con el fin de que los pueblos no destruyesen los bosques. Nadie podia cortar un árbol sin que antes declárasen los ministros de la religion que las ninfas le habian abandonado.

divinidades amables, y une las ninfas á cuantos objetos nos rodean, tiene para mí un no sé qué de interesante. Cuando me trasporto á los tiempos fabulosos,

Las montañas, las selvas y los prados
 A mi vista parecen animados:
 Mis ojos, á través de las espigas,
 Ven correr las Napeas fugitivas;
 En los montes escuchan mis oídos
 De las tiernas Oreades los gemidos;
 En los bosques advierto las pisadas
 Por las bellas Driades estampadas;
 Y si voy una tarde calurosa
 Al jardín ó floresta deliciosa,
 Cuando templa mi mano con el riego
 Del árbol ó rosal el vivo fuego,
 Presumo que al echar el agua fresca
 Algunas Hamadriades refresca.

Entre estas ninfas las mas reverenciadas eran las *Querculanas* *, cuya existencia estaba unida á las encinas. El célebre cazador Arcas, reposando cierto dia á la márgen de un arroyuelo, al que una encina daba sombra, vió salir de su corteza una de estas ninfas, que le dijo: 'por piedad, muda el curso de este arroyo, cuyas olas socaban el árbol que conserva mi existencia.' Arcas obedeció.

* De la palabra latina *Quercus*, encina.

ció inmediatamente, y la ninfa agradecida le recompensó allí mismo.

Si las ninfas hoy día
Compensáran tan bien los beneficios,
Por las selvas gritando correría:
“¿Qué ninfa necesita mis servicios?”

Los amantes de estas ninfas eran los Silvanos, hijos de Silvano, dios de las selvas, y protector de los ganados, el que también estaba encargado, en compañía del dios Término, del cuidado y conservación de los límites campestres. Los romanos llamaban á sus fiestas las Lupercales *, ó bien porque ahuyentaba los lobos de los apriscos, ó bien porque estaba construido su templo en el mismo paraje en que Remo y Rómulo fueron alimentados por una loba, y conservaba el nombre de Lupercal. Se cuenta que Silvano, enamorado de Yole, esposa de Hércules, se introdujo cierta noche en una gruta donde los dos esposos se hallaban acostados separadamente. Hércules había cubierto á su esposa con la piel del león de la selva de Nemea: Silvano, como caminaba á ciegas, al sentir la eri-

* Véase la carta IV primera parte.

zada piel del leon , tomó á Yole por Hércules , y á Hércules por Yole ; pero despertando el esposo á las caricias , le asió con sus brazos vigorosos , y arrojándole fuera de la gruta , dió contra un peñasco , que fué el tropiezo de sus amores.

Con este golpe mortal
 Olvidó los galanteos ,
 Y envidiando los recreos
 Que gozaba su rival ,
 Buscó mujer al momento ,
 Y efectuó su casamiento :
 Pues siempre Himeneo gusta
 Cuando el Amor nos disgusta.

Tuvo Silvano un sinnúmero de hijos , y todos llevaron su mismo nombre. Se les confunde muchas veces con los Faunos , porque son iguales en figura y atributos ; pero su origen es muy distinto.

Los Faunos son nietos de Picus , hijo de Saturno y rey de los latinos , que por haberse resistido á los amores de Circe , fué trasformado por esta maga en Picoverde ; y su esposa Canenta , hija de Jano , fué convertida en voz por lo mucho que hablaba , asi como otras muchas habian sido trasformadas en fuentes á fuerza de llorar.

Si los cielos hoy dia consultasen
 En sus trasformaciones,
 Al genio que las viudas ocultasen,
 Y á sus disposiciones,
 Para fuente ninguna encontrarian
 Y en voces un millon trasformarian.

Picus y Canenta dejaron á Fauno por heredero, el que enseñó la agricultura á los Latinos, por el tiempo en que Pandion * daba leyes al pueblo de Atenas. Fauno se casó con su hermana Fauna, y tuvieron á poco tiempo un hijo llamado Estérculo **, que inventó el arte de fertilizar la tierra por medio del abono. Los demas hijos suyos fueron los Faunos, que fueron elevados á la clase de dioses campestres; el pino les estaba consagrado, y en sus sacrificios se les inmolaba una cabra. Se representa á los Faunos con pezuñas de buey ó caballo, con barbas, cuernos y orejas de macho cabrío, coronados de ramas de abeto, y teniendo un ramo del mismo árbol en su mano derecha: tambien se les representa algunas

* Este fué el padre de Filomela y Progné, que perecieron victimas de la brutalidad de Tereo, rey de Tracia, y esposo de Progné.

** *Sterculum*, estiercol, abono.

veces con pies de cabra. Su madre Fauna, despues de la muerte de su esposo se retiró de todo trato, y murió sin haber vuelto á hablar con ningun hombre. Los Latinos deificaron este modelo de viudas, que fué despues la inimitable patrona de las damas romanas. Su templo existia en Roma, y sus sacerdotes distribuían al pueblo ciertos simples que sanaban todas las enfermedades. Confundian con ella los romanos á Cibeles, ó la buena diosa, y le daban los mismos atributos. Las damas romanas celebraban sus fiestas por la noche, y estaba prohibido á los hombres hasta el mirar la sagrada morada de estos misterios, cuyo secreto, es preciso confesar, nunca le han revelado las mujeres.

Un escritor afamado,
De su silencio admirado,
Sin reflexion asegura
Que fueron solo impostura
De necios y maliciosos
Estos misterios famosos.
Todo se vuelve opiniones;
Mas temo que sus razones
Me lleguen á convencer,
Y siga su parecer.

Los dioses que mas se asemejan á los

hijos de Fauna son los Sátiros, que solo se diferencian de los Faunos en tener siempre los pies de cabra, y en llevar ó bien un tirso, ó bien una flauta ó tamboril, con el que alegran á las ninfas, animándolas al baile, y precipitando al son de su rústica armonía la rapidez del compas, inflaman sus sentidos y despiertan sus deseos.

Priapo, que marchaba á la cabeza de ellos, aunque hijo de Venus y Baco, nunca pudo conseguir una gran veneracion; pero tenia sin embargo su culto particular. Se le inniolaba un asno, porque habiendo en otro tiempo desafiado á un asno (ignoro á qué género de combate) y triunfado gloriosamente, el vencido desesperado se echó sobre el vencedor, y le dejó moribundo á la sombra de sus laureles.

Sus fiestas se celebraban particularmente en Lamsak, de donde habia sido desterrado antiguamente, por haber conseguido por medio de su negro entrecejo, cabellos encrespados, boca enorme, nariz encorbada, grandes espaldas y enérgica fealdad, el agradar á todas las mujeres bien parecidas.

Nuestras bellas han seguido
 Esta moda caprichosa:
 ¿Cuántas véces una hermosa
 Un Priapo ha preferido,
 A pesar de ser horrible,
 Al Apolo mas sensible,
 Sin que sepa dar razon
 De tan extraña eleccion?

Ofendió Priapo del proceder de los lampsakos los trasformó en furiosos, y á sus mujeres en locas. Todo se volvia batallas, danzas, risas y continuos chillidos: la ciudad de Lampsak parecia habitada únicamente por convulsos. Mas en fin, la dieta general de los maridos, que por carácter ó costumbre habia conservado la flema conyugal, decretó que se volviera á llamar al dios desterrado, é inmediatamente los sesos desordenados volvieron á ocupar sin ruido su lugar.

Priapo debe al dios Término la satisfaccion de no ser el mas feo de todos los dioses. El dios Término se parece unas veces á una teja, otras á un tronco de árbol, y con mas frecuencia á un limite redondo ú cuadrado. A pesar de su figura grotesca se le tuvo antiguamente en gran veneracion. El temerario

cuya mano sacrílega se atrevia á moverle de su puesto, se hallaba pros-crito *: asi es que nunca se ha conocido centinela mas firme que el dios Término. Cuando todos los dioses se retiraron del capitolio para cedérsele á Júpiter, únicamente el dios Término permaneció inmóvil en su puesto, sacrificando la política al interes de su estado. Sus fiestas se celebraban en Roma el último dia del año: se le coronaba de espigas en tiempo de la siega, y de flores en la estacion presente, es decir, á la entrada de Primavera.

Mas en tanto que describo la llegada y acompañamiento de esta amable diosa, se nos marcha, llevándose consigo la juventud del año.

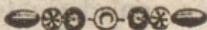
Asi, mi amiga, la ventura pasa
Cual brillo breve de nocturna estrella:
En vano luego el corazon la llama,
Ya no retorna.

Si los placeres que el Amor procura
Nacen y mueren con la edad lozana,
¿Por qué, mi amiga, su fugaz deleite
No disfrutamos?

* Se le abandonaba á las Furias, y cualquiera tenia derecho á matarle.

Antes que pase nuestro Abril florido,
 Gustemos ambos su dulzor sabroso,
 Y nuestros pechos sentirán un día
 Gratos recuerdos.

Con su memoria soportar podremos
 Los crudos frios de la edad helada,
 Y hacer que sienta el aterido pecho
 Nuevos ardores.



CARTA L.

POMONA Y VERTUMNO.

A propósito de la diosa de las flores, no dudo, cara Emilia, que deseará V. saber la historia de la diosa de los frutos; y es preciso convenir en que estas dos divinidades son del todo inseparables,

Pues la rozagante Flora
Y Pomona encantadora
Habitan en compañía,
Cual la Noche con el Día,
Los Juegos con el Contento,
Primavera con las Flores,
Las Gracias con el Portento,
Y Emilia con los Amores.

Por otra parte no me admira el interés que á V. inspira Pomona;

Pues sé que vuestro candor
Preciosos frutos oculta,
Que con cuidado sepulta
Bajo el velo del pudor.
Mas su vivo resplandor
Burla con grave decencia
La gustosa transparencia
Del velo..... ¡ah! perdonad
Si pondera el labio audaz
Los frutos de la prudencia.

Pomona, diosa de los jardines, se mantenía soltera, sin conocer otro placer en este mundo que el de cultivar los árboles que sustentan los tesoros del Otoño. En vano mil adoradores habían procurado interesarla, con todos se mostró desdeñosa; y Vertumno, dios de los jardines, que por su destino y ocupaciones debiera naturalmente agradar á Pomona, consiguió la misma acogida que sus rivales. Pero Vertumno * afortunadamente tenía la facilidad de dar á su figura la forma que le acomodase: se trasformó primero en un joven labrador, y fué mal recibido: se convirtió en seguida en un robusto segador, y fué también desairado: se presentó finalmente bajo las formas de una anciana, y logró ser entonces atendido.

Apoyada la vieja en su baston recorrió por largo tiempo los jardines de Pomona, viniendo en seguida á buscar su reposo á la sombra de una parra que un olmo sostenía. Allí, abrazando á la diosa con ternura maternal, le dijo en

* La palabra Vertumno se deriva del verbo latino *vertere*, cambiar.

tono de confianza:

Aplaudo, bella jóven, tus recreos.

Los placeres que da Naturaleza

Halagan nuestros gustos y deseos.

De tu casa de campo la belleza,

Los arbustos, las flores y cascada

Abuyentan de este sitio la tristeza.

Mas en tanto carece tu morada

Del adorno mas útil y precioso,

De la joya mas rica y estimada.

— ¿Qué falta? preguntó. — Un fiel esposo;

Un jóven que merezca tu ternura.

No deseches mi aviso provechoso.

Sin amor ¿quién alcanza la ventura?

¿Ignoras todavía lo que cuesta

Tener al corazon en cárcel dura

Sujeto al celibato que detesta?

La doncella, si vive sumergida

En triste soledad, se mira expuesta.

Himeneo, que junta y consolida

La Virtud y Pudor con los Amores,

Dejará tu inocencia defendida.

De tu pecho desecha los temores;

Recibe al Himeneo con agrado,

Gustará el corazon nuevos sabores.

Al mundo su poder ha sujetado:

El águila veloz y voladora,

El cordero que bala por el prado,

La pantera del bosque habitadora,

Los pescados que nadan por el rio,

Los montes y la selva encantadora,

Todos, sin exceptuar á Jove Pio,

A su ley se sujetan prontamente,

Sin osar resistir su poderio.

Mas si tu corazon indiferente

Desecha del mortal la compañía

Porque su frialdad no la consiente,

Si gustára de madre la alegría
 No sería quizá tan insensible,
 Y la ley de Himeneo abrazaría.
 Repara en esa vid tierna y flexible
 Con el olmo cercano entrelazada;
 El ramaje del árbol apacible
 Sosteniendo á la parra delicada,
 Y la vid, al apoyo agradecida,
 Cubriéndole con hojas y enramada.
 Animados parecen de una vida:
 El esposo adornado por la esposa,
 Y la esposa por él se ve florida.
 Y tú, jóven sencilla y candorosa,
 ¿Sin olmo todavía permaneces!
 ¿No te puede Vertumno hacer dichosa?
 A su lado verás como floreces:
 De tu noble candor enamorado,
 Apetece lo mismo que apeteces.
 Es mancebo discreto y aplicado,
 Amante de los frutos y las flores,
 Y como tú al retiro aficionado.
 No pagues su cariño con rigores,
 ¿Acaso tu desden odiar pudiera
 Al jóven que te ofrecen los Amores?
 — Si verdad vuestro labio me dijera,
 Pomona contestó; mas ¡qué locura!
 ¿Quién puede asegurar de que me quiera?
 — A tus plantas él mismo te lo jura.

En este mismo instante, recobrando Vertumno sus formas, se postró ante la diosa, la que, desconcertada con aquella mudanza, le echó en cara su perfidia.... y permitió al traidor que se apoderara de su mano.

Esta union fué dichosa; y Vertumno,

á pesar de su carácter voluble, conservó á su esposa perpetua fidelidad. Asi envejecieron uno y otro sin faltar á la constancia conyugal hasta que Vertumno, por medio de una recéta particular, rejuveneció á su esposa, remozándose él al mismo tiempo. Es lástima que este dios no haya querido comunicarnos el secreto.

Así, cuando el esposo remozára,
Otra vez las conquistas emprendiera:
Su mujer, con la nueva primavera
La flor del coquetismo recobrára.

Sin cesar renacieran los temores,
Los suspiros, los lloros, los enfados,
Las sospechas, los celos, los cuidados,
Las riñas, los desdenes y rigores.

¡Qué gustosos y plácidos tormentos!
Edad de los placeres y amorios,
Con tus penas, zozobras y desvíos
¡Cuál aumentas los goces y contentos!

Pomona ha sido frecuentemente confundida con el Otoño, Ceres con el Verano, y Flora con la Primavera. Ovidio, sin embargo, al describir el curso del Sol, distingue así las cuatro estaciones del año: «Camina Primavera, coronada
» su frente de flores: el Verano, desnudo, llevando una corona de espigas: el
» Otoño, manchados sus vestidos con el
» jugo de la viña; y ostentando el In-

vierno su blanca y desmelenada cabellera. Efectivamente, se representa al Invierno ya en la figura de un anciano guarecido en su cabaña, ya bajo las formas de una vieja, cubierta con pieles de cordero, y sosteniendo una estufilla. Tambien se suele representar al Verano con una hoz, y al Otoño con un perro á sus pies, para manifestar que estas dos estaciones nos traen la siega y la caza.

Pero sin necesidad de estos emblemas, encuentro á cada paso en mi Emilia todas las Estaciones del año.

Su vista, si me mira placentera,
 Representa la grata Primavera:
 Los besos de su labio soberano
 Comunican el fuego del Verano:
 Sus discursos, modelos de elocuencia,
 El Otoño me pintan con frecuencia;
 Y si su rostro hello se enfurece,
 El Invierno ceñudo se aparece.

CARTA LI.

PAN Y SIRINGA. ECO Y NARCISO.

Vuelvo á hablar, Emilia, del dios Pan, á quien habia olvidado por Pomona, con solo el fin de complaceros.

Aseguran los escritores maliciosos que Penélope, esposa de Ulises, perseguida durante la ausencia de su marido por una caterva de adoradores, se mostró en la apariencia rigurosa con ellos; pero que al fin no pudo menos de hacer feliz en secreto á uno de ellos, de quien tuvo un hijo. No sabiendo quién de los numerosos amantes de la reina seria el padre del niño anónimo, se concedió á todos este honor, y le pusieron por nombre *Pan*, que significa poco mas ó menos *universal*. ¡Cuánto *Pan* habrá hoy dia!

Otros han adelantado algo mas las sospechas, pretendiendo que Pan sea hijo de Penélope y Mercurio, quien tomó la figura de macho cabrío para enamorar á la princesa.

¡ Lo que fragua en un momento
La malicia del mortal !
¡ Trasformar sin fundamento
A Mercurio en animal ,
Y animal de cornamento ,
Con el objeto infernal
De morder á un virtuoso.....
A un Ulises !.... pobre esposo !

Cualquiera que haya sido el padre de Pan, no tiene por qué alabarse de la belleza de su hijo. Nació Pan con una figura muy innoble, adornado de dos espesas cejas, con nariz chata y granujienta, con una boca tan risueña que tocaba en sus orejas, cuya deforme largura solia disimular la sombra de un par de cuernos que coronaban su roja y encrespada cabellera. Cubria su cuerpo una piel blanca tachonada de negro, y sus lomos finalizaban en una cola de macho cabrío, con la que limpiaba sus muslos y patas de cabra. Con tan ventajoso exterior se propuso hacer fortuna, y se decidió, según costumbre, por el género sentimental.

Hé aqui le tenemos ya á los pies de Siringa, una de las ninfas de Diana é hija del rio Ladon, declarándola su amor en términos de asustar á la ninfa, que

huye sin querer oírle. El dios cornudo, admirado del mal suceso de sus genuflexiones, endereza sus patas velludas, y corre saltando tras la bella fugitiva, á quien dirige estas palabras:

¿Quién causa tu rigor, Siringa cara?

¿A mis votos rehusas dar oído?...?

Soy feo, lo conozco; mas Cupido,

Al herir con sus flechas, no repara:

Los gratos sentimientos de ternura

Constituyen tan solo la hermosura.

¿Temes, al ver mis cuernos desmedidos,

Que tengan nuestros hijos rostro feo?

¿Ignoras que los hijos de Himeneo

Ya no salen al padre parecidos?

Los nuestros serán bellos cual su madre,

Y tendrán la ternura de su padre.

Alivia mi pasión, serás dichosa;

El Cielo me formó para casado:

Soy dócil, complaciente, confiado,

Y sabré hacer feliz cualquier esposa.

Soy rico: mi fortuna te la cedo....

¿No respondes?...? ¿Qué mas hacer yo puedo?

¿Por qué huyes de mí despavorida,

Arrojándote al río por no verme?

¿Qué te hice, cruel, para temerme?

¿Prefieres el morir á ser querida?....

¡Infeliz! si no te hallas aun casada

¿Quién te manda morir desesperada?

Dijo, y se lanzó al río Ladon, en el que se acababa de precipitar Siringa; mas en vez de encontrar á su inhumana, vió con asombro elevarse unos cañaverales,

que , agitados por el viento , aun parece que se quejan con ternura. Reconociendo Pan á Siringa bajo esta nueva forma, cortó algunas cañas de diferentes dimensiones , y uniéndolas con cera , compuso una flauta de siete agujeros , que todavía usan los pastores.

Este instrumento le servia de consuelo en su precoz viudez ; recorria los valles y selvas solitarias , expresando con sonidos melodiosos los tristes recuerdos que le causaba su amada Siringa , y en uno de estos sitios encontró á la ninfa Pitys danzando con sus compañeras. A pesar de la invitacion de las ninfas , rehusó tomar parte en sus diversiones ; y Pitys , deseando saber la causa de su melancolía , le preguntó el motivo , á lo que Pan contestó suspirando:

Dichas , placeres , contento ,

Ninfas , todo lo he perdido :

Perdonad mi sentimiento.

Vos jugais , yo me lamento :

Vos vivis , y yo he vivido.

De Siringa enamorado ,

Le dije : *linda pastora ,*

» *Tu belleza me enamora ;*

» *En nuestras selvas y prado*

» *Quien ama no se desdora.*»

Y la cruel , para afrenta ,

Dió pábulo á mi cariño :

Pensé tenerla contenta ;
 Pero Amor, cual débil niño,
 De ilusiones se alimenta.

Jamás de la ninfa mia
 Conseguir pudo mi amor
 Un beso ; que su rigor,
 Ni besar la permitia
 Ni consolar mi dolor.

De aquí pasó el dios cornudo á contar el insoportable desden con que Siringa habia pagado las primicias de su llama, pintando en seguida el acontecimiento de la metamorfosis, y de tal modo enterneció á Pitys, que halló esta ninfa un no sé qué de interesante en su fealdad, que la movió á consolarle. Uno y otro se dirigieron á la cumbre de una montaña desierta, y desde allí, mostrando el dios Pan á la ninfa las vastas campiñas que los rodeaban, le dijo con ternura :

Contempla mis dominios dilatados,
 Admira los verjeles deliciosos,
 Las fuentes, las lagunas ; los vallados,
 Las colinas y bosques misteriosos.
 A lo lejos los montes azulados
 A los Cielos sostienen orgullosos ;
 Y do mire tu vista penetrante
 Hallará los amores al instante.
 En reinando el Amor, todo florece,
 Recibe el universo nueva vida ;

Sin él la lozania desaparece ,
Por él está Natura tan florida.
A tu vista la tierra se enardece
Y su amor te declara conmovida:
Solo yo no me atrevo á declararme
Aunque siento de amores abrasarme.

Entonces las temerosas miradas de la ninfa le contestaron: atreveos. Pero Bóreas, que tambien la amaba, habia encomendado á Céfiro la inspeccion de su virtud; y habiéndola sorprendido este ligero Mercurio con el dios Pan, recogió el primer suspiro que Pitys dejó escapar, y se lo llevó inmediatamente á Bóreas, como pieza de conviccion. Al recibir esta noticia, abandonó Bóreas las cavernas de Eolo, y volando al lugar de la cita, precipitó desde lo alto de la montaña á la ninfa infiel, la que en su caida fué trasformada en pino. Pan, en su desesperacion, cortó una rama de este árbol y formó una corona, que siempre lleva consigo para honrar la memoria de su cara Pitys. Esta es la causa de habersele consagrado el pino.

En el libro amoroso del Destino estaba sin duda escrito que Pan siempre seria desgraciado en sus aventuras galantes. Para minorar el sentimiento que le

causaba la muerte de su adorada Pitys, se enamoró de la ninfa Eco, hija del Aire y de la Tierra.

Esta ninfa placentera
 Pudo en un tiempo legar
 El privilegio de hablar
 A menudo y la primera.
 Pero la suerte severa
 De la gracia la privó,
 Y repetir la mandó
 Cuanto los demas habláran,
 Para que otras disfrutáran
 La gracia que ella gozó.

Se asegura que ofendida Juno de ver que esta ninfa con sus discursos mañosos la habia impedido sorprender á Júpiter en muchas de sus aventuras amorosas, la condenó á que solo repitiese las últimas sílabas de cuanto oyese hablar.

El dios Pan logró mucho con este nuevo método de conversar, pues la volubilidad de su ninfa no le habia permitido hasta entonces el declarar su passion; mas luego que su amada se vió reducida á la triste necesidad de escucharle, la explicó y detalló el origen y progresos de su amor. "Mira, le decia, ¿cual te adoro!" y al instante, de buena ó mala gana, Eco repetia: *te adoro*.

El drama se iba acercando á su des-

enlace, cuando la jóven Eco halló en los bosques al bello Narciso, hijo de la ninfa Liriope y del rio Cefiso. El oráculo habia dicho á Liriope que su hijo viviria largo tiempo, si podia evitar el verse á sí mismo; pero si su vista debia serle fatal, no lo fué menos con las ninfas á quienes su belleza habia hecho sensibles. Eco lo experimentó bien á su pesar.

Concibió la manía de agradarle :
 Las ninfas, inspiradas por Cupido,
 No dudan conseguir cualquier intento.
 Eco, sin que dudase enamorarle,
 Aguardaba escuchar algun gemido
 Que mostrára de amor el sentimiento ;
 Mas ¡ oh fiero tormento !
 El jóven, á quien nada le movia,
 Por mostrar sus rigores
 O no saber de amores,
 Ni hablaba una palabra, ni gemia.
 Y, á la ninfa mirando con desprecio,
 Sin interes ni aprecio,
 Representa el papel del entendido,
 Del infeliz ó necio :
 Palabras, en amor, de igual sentido.

Eco, por animar la cobardía,
 O mover la ternura de su amante,
 A romper el silencio se previene,
 Declarando el amor que le tenia.
 Al mancebo se acerca vacilante,
 Quiere hablar... la palabra se detiene,
 Y en su socorro viene
 Un llanto que declara su ternura,

Al que Narciso tibio
 Ni piensa dar alivio ,
 Ni menos le conmueve su amargura.
 Y , no siendo sensible á los ardores
 Que causan los amores ,
 Dice : " aunque deseo el aliviarte ,
 » Ignoro tus dolores :
 » Sin saberlos no puedo consolarte ."

— ¡ No puedo consolarte ! repite la ninfa
 suspirando , mientras el cazador , sin es-
 cucharla , se dirige en busca de sus com-
 pañeros ocupados en perseguir á los ha-
 bitantes de la selva . Abandonada á sus
 recuerdos y dolores quedó la ninfa sola
 al pie de un peñasco , y dirigiendo desde
 allí su vista al lugar donde creía ver á su
 Narciso , le decia interiormente :

Si dotado te vieras de ternura
 Hubieses comprendido
 La causa de mi llanto repetido ,
 Y calmára tu pecho mi amargura :
 Ingrato ! los sensibles corazones
 Entienden , sin hablar , por las acciones .

Perseguida de tan tristes pensamien-
 tos , recorria Eco sin objeto las profundas
 grutas y cavernas solitarias , en las que ,
 extenuada de dolores , y consumida por
 los fuegos del Amor , se fue disecando
 poco á poco . Sus huesos se petrificaron
 y se convirtieron en peñascos ; y asi

como nosotros al dejar de existir solo conservamos el alma, principio esencial de la existencia del hombre, del mismo modo Eco, en calidad de mujer, conservó únicamente la voz.

Las ninfas sus compañeras compadecidas de su suerte, y víctimas ellas mismas del amor que habian concebido hácia Narciso, suplicaron al Amor las vengase de su indiferencia.

Y el Amor escuchó sus lamentos ;
 Mas no era el Amor cariñoso
 Que nos une con lazo amoroso ,
 Y nos dá la ventura y placer ;
 Era , sí , el Amor egoísta
 De su misma beldad satisfecho ,
 Que procura su propio provecho ,
 Sin hallar á quien pueda querer .

Ese pérfido Amor que acompaña
 Al famoso orador y letrado ;
 Que en los bailes está convidado ,
 Y no deja ninguna funcion ;

Que , sin ser con los hombres esquivo ,
 De las bellas jamas se separa ;
 Que tampoco en edades repara ,
 Habitando cualquiera region ;

Que con sábios habita muy poco ;
 Que fué siempre de fátuos amigo ,
 Y se llama..... callando lo digo :

Amor propio..... cuidado, chiton,
 No se halle por ahí escondido ,
 Y de ver que le llamo se asombre ,
 Que no sufre que nadie le nombre
 Pues se hiere su vil presuncion .

Este mismo dios condujo á Narciso á lo interior de un valle misterioso, cuando volvía de caza, atormentado de la sed.

Allí, bajo las verdes enramadas,
Una fuente reposa cristalina,
Sobre arenas doradas,
Que Febo con sus rayos no ilumina.
En sus bordes Narciso recostado,
Gozando la frescura,
En las aguas se mira retratado;
Y viendo con asombro su hermosura,
Se queda pensativo
Sus gracias contemplando y atractivo.

La insoportable sed que le devora
Es nada comparada con el fuego
Que turba su sosiego;
De su misma figura se enamora,
Y así dice con voces animadas,
Sin quitar del espejo sus miradas:

« Objeto placentero,
» Hermosura gentil, zagala ó diosa,
» Cualquiera que tú seas, yo te quiero.
» No te muestres conmigo desdeñosa;
» A tí solo promete el pecho mio
» De constancia y amor el juramento...
» Mas ¡ oh dicha! tú ries cuando rio,
» Y suspiras tambien si me lamento?
» Ese lloro demuestra tu ternura,
» ¿ Me amarás, por ventura?... »

Sus lágrimas, entonces, agitando
El agua sosegada,
Borraron la figura retratada
Que se marcha temblando.
— « ¡ Oh dioses! ¿ qué trastorno ha sucedido?
Exclama enternecido,
» ¿ Por qué suerte fatal ó caprichosa

- »De mi lado te ausentas, bella diosa?
 »Ingrata! no te dueles de mi suerte?...
 »Mas ¡oh gozo! ¿qué veo?
 »Es acaso ilusion de mi deseo?
 »¿Otra vez, ninfa bella, logro verte,
 »Y tus ojos me miran con agrado?...
 »¿Qué me dices?... no entiendo.... ¿soy amado?..
 »¿Si escucharte pudiera....
 »Tu voz deberá ser tan placentera!
 »¡Es tan grato y gustoso comprenderse
 »Despues de conocerse!....
 »Mas ¿estando á tu boca tan cercauo
 »Cómo se halla mi labio tan lejano?
 »Ven, llega sin demora
 »A calmar el volcán que me devora:
 »A tu lado seria venturoso...
 »¿Ya me tiendes los brazos?... soy dichoso...
 »¿Huyes segunda vez? ¡fiero tormento!
 »Tu mano, que sin duda me buscaba,
 »Temblando se retira en el momento
 »Que la mia gozoso te alargaba!
 »Ah! no, tú no me quieres, ninfa ingrata;
 »Tu sonrisa, tu llanto, tu ternura,
 »Todo, todo lo finge tu impostura...
 »Tu tibieza me mata,
 »Y á impulsos de la pena que padezco
 »Ya me siento morir.... yo desfallezco.
 »¿Lloras al ver mi suerte lastimera?
 »¿Me amas?... ¡y permites que muera!»
 Asi dijo Narciso, y entretanto
 La Parca marchitó su lozania;
 Sus párpados se cierran, y su llanto,
 Agotado del todo no corria.
 Cual rosa delicada
 Que por falta de riego no florece,
 El mancebo perece,
 Víctima del rigor de su adorada.
 Eco, sin separarse ni un instante

Del lado de su amante,
Sus lamentos repite condolida:

“Adios, dice Narciso, y en seguida

“Adios ella decia.

— “Mi pecho candoroso ¡cual te amaba!”

— “Cual te amaba!” la ninfa repetia,

Suspirando tambien, si suspiraba.

— “Tu rigor y desvío me dan muerte,

»Y con todo no puedo aborrecerte.”

— “No puedo aborrecerte,” Eco repite,

Sintiendo que Narciso se marchite.

Aquella misma tarde, al bajar las Oreades de las montañas, encontraron el cuerpo inanimado de Narciso.

A lo largo tendido se veía,
Sostenida en las plantas su cabeza,
Y sus ojos, cubiertos de tristeza,
Que buscaban su imágen parecia.

Las ninfas, á su vista, aunque vengadas de sus desprecios, no pudieron menos de sentir que el Amor hubiese atendido á sus súplicas llevando á tal extremo su venganza; y diseminándose por toda la comarca, llamaron con sus gritos á las demas compañeras, para celebrar los funerales de Narciso. Todas ellas, coronadas de cipreses, se acercaron con lentitud á la fuente fatal, buscando en vano el cuerpo de aquel por quien lloraban, y encontrando en su lu-

gar una nueva flor, compuesta de hojas blancas y amarillentas, á la que dieron el nombre de *Narciso*, nombre que despues ha conservado. Los antiguos consagraron esta flor á las Euménides, y coronaban con ella sus urnas sepulcrales.

Algunos escritores, que sin duda tendrían en aquellos tiempos correpondencia con el otro mundo, aseguran que al entrar la sombra de Narciso en la barca de Caron, se inclinó hácia los bordes de la laguna Estigia, para contemplarse; y añaden que despues de haber desembarcado, recorre sin cesar las orillas de este rio, para abandonarse al placer de idolatrarse á sí mismo. Ah! si semejante gusto se conservase entre los muertos, despues de haberle tenido en vida,

¡Cuánta jóven mimosa, cadavérica,
A fuerza de barnices remozada,
Al márgen de la Estigia reposada
Su rostro admirará!

Y ¡cuánto petimetre seco y mórvido,
De sus marchitas formas hechizado,
Ante su propia imágen inclinado
A sí se adorará!

Eco, desde la muerte de Narciso, se retiró á las grutas y valles solitarios. Allí, cuando oye suspirar á la tierna

pastorcilla, se complace en repetir sus lamentos, lo que le obliga á recordar sus tristes aventuras; y si á breve rato escucha cánticos de alegría, tambien repite alegremente el estribillo, bien sea por una consecuencia precisa de la inconstancia de su sexo, ó bien con el objeto de distraer su melancolía.

El dios Pan, constantemente enamorado de esta ninfa, presumia reconocer su voz en todas partes: la llamaba gimiendo, y, atraído por sus respuestas lastimosas, la buscaba noche y dia en lo interior de los bosques. Cansado en fin de perseguir este objeto invisible, y desengañado al mismo tiempo por sus infortunios amorosos, conoció que el amor era la mas loca de todas las vanidades humanas, y acabó por vivir en paz, es decir, sin esposa y sin querida.

Este dios, temido y adorado en las campañas, tenia, segun dicen, el poder de esparcir el terror cuando queria. Los galos, que al mando de Brenno penetraron en la Grecia, estando á punto de entrar á pillaje en el templo de Delos, se sintieron repentinamente acometidos de un terror tan grande que, sin ser

perseguidos, huyeron precipitadamente, cuyo milagro se atribuyó al dios Pan, y todavía se llama *terror Pánico* á ese espanto súbito y desconocido que á veces experimentamos.

Se asegura que habiendo visto el dios Pan al espantoso Tifon, en el momento que los gigantes se preparaban á escalar los cielos, y temiendo que los tomase por asalto, aconsejó á los dioses se salvaran en Egipto, tomando las formas de diferentes animales; que él mismo se trasformó en macho cabrío, y que en recompensa de su noble estratagema fué trasladado al cielo, donde forma el signo de Capricornio, signo bastante adecuado á la naturaleza de sus amores. El culto de Pan no ensangrentaba sus altares, pues sus únicas ofrendas consistían en leche y miel.

Conviene los autores en que Pan era el dios de toda la naturaleza. Los antiguos, despues que divinizaron todos los pormenores del universo, deificaron el conjunto, y adoraron al gran *Pan*, ó al gran *Todo*. Reflexionando despues que este todo deberia estar animado por un principio oculto, rindieron adoracion á

este principio bajo el nombre de *Psiquis*, ó *Alma*, y unieron esta divinidad á Cupido, es decir, juntaron la moral y la física del Amor, y de esta union hicieron que naciera el Deleite. Esta alegoría me parece tan verdadera como ingeniosa :

Jamas disfrutará ningun contento
El mortal incapaz de sentimiento :
Conservan nuestro ser los corazones
Y nos dan el placer las sensaciones.
El Amor es un rapto de locura
Que, logrado el deseo, se nos cura ;
Los goces no darán felicidades,
Pero si las constantes amistades.

C A R T A L I I .**P S I Q U I S .**

Consuela, fiel amiga, tu amargura,
Si un día, por motivo poderoso,
Tu corazón sensible y candoroso
Los amores acoge con ternura.

La Virtud, el Pudor y la Cordura
No contienen el impetu fogoso
De nuestros corazones: es costoso
Quebrantar los mandatos de Natura.

Al Amor los mortales se sujetan,
Pues todos su poder han conocido
O bien cuando florecen ó vejetan.

Hasta los mismos dioses han rendido
Su cerviz al Amor y le respetan:
Ved si no lo que cuentan de Cupido.

En una region desconocida reinaba
un príncipe muy poderoso, en cuanto
se veía amado de sus vasallos é idola-
trado de una esposa que dividia con él
su cariño. Esta no habia dado, á la ver-
dad, un heredero á la corona, pero
habia en su defecto dado á luz una niña
que en su tierna edad unia á todos
los encantos que presta la belleza na-
ciente los muchos que proporcionan el

talento y la ternura. Se llamaba Psiquis.

Su hermosura todavía
 No estaba perfeccionada;
 Pero, bien considerada,
 Mostraba lo que sería.
 Apenas era llegada
 Su quincena primavera;
 Y, en esta edad placentera,
 Suele estar acompañada
 La virgen pura y sincera
 De sencillez elocuente,
 De sonrisa complaciente,
 De ingenuidad lisonjera,
 De lozana gallardía,
 Y su beldad floreciente
 Nos indica finalmente
 Lo que ser puede algún día.
 Al brotar una hermosura,
 Nos pinta la fantasía
 La beldad y lozanía
 Que tendrá cuando madura;
 Y la Esperanza embellece
 Con las gracias que figura
 La delicada frescura
 Que ostenta cuando florece.

De modo que admirando á Psiquis tal como era, é imaginando al propio tiempo lo que algún día sería, no se dudó en compararla á Venus misma. No diré á V. que la diosa se dió por ofendida de tal comparacion, pues demasiado lo habrá mi amiga conocido. Tenia Psiquis dos hermanas, de las que voy á daros noticia.

En su trato orgullosas,
Y por moda ó costumbre caprichosas,
Ni tenian talento,
Ni gracias, ni virtud, ni entendimiento.
Eran dos hermosuras de gran porte
De tantas como existen en la corte,
Que, sin ser adoradas,
Con ansia para esposas son buscadas.

Las faltas que tenian
Sus inmensos tesoros encubrian;
Mas no los que Natura
De balde suele dar á la hermosura,
Sino los que provienen del vil oro,
Apreciado metal, fuente de lloro,
Y dan por vanos gustos
Mil penas, desazones y disgustos.

Mas al fin su fortuna,
Su verde juventud, su noble cuna,
Todo ello reunido,
Item mas su tesoro comprendido,
Les daba la beldad que no tenian;
Y siempre para esposas convenian
A cualquier pretendiente
Que tuviera el carácter de paciente.

Por esta misma razon convinieron á dos
príncipes vecinos que, segun la moda,
las casaron con sus acreedores.

En tanto las gracias de Psiquis se
desarrollaban maravillosamente; y si
hasta entonces se la habia comparado
á Venus, despues no se dudó en pre-
ferirla, elevándola un templo para su
culto. La hija del Océano veía crecer la
yerba en su santuario, mientras el in-

cienso reservado para ella humeaba en
 los altares de Psiquis. Venus, sintiéndose
 abrasar de una llama celosa, cien veces
 mas ardiente que la que devora el corazon
 de los mortales, coge á Cupido de la mano,
 y le dice: "Contempla, hijo mio, la indigna
 rival que ese pueblo quiere dar á tu madre:
 ah! por este seno que te ha alimentado, por
 estos brazos que te sostuvieron en tu
 infancia, véngame, hijo querido; pásala
 con tus dardos, haz que se sienta abrasar
 de un amor insensato por el mas vil de
 todos los seres. La orgullosa pretende sin
 duda destronarme: doma su altivez, confunde
 sus proyectos, y salva mi imperio, si quieres
 conservar el tuyo." Asi dijo, y colocándose
 en su carroza de nacar dejó á su hijo á
 presencia del enemigo. El Amor prepara su
 arco, saca inmediatamente de su flechero un
 dardo emponzoñado, y le coloca sobre la
 tirante cuerda; pero al dirigir la puntería
 una mirada de Psiquis le sorprende.

Mirada penetrante,
 Inocente, sencilla, candorosa;
 Mirada que traspasa en un instante
 Del corazon la senda tortüosa;

Mirada que se cubre con el velo
 De modestia y cordura,
 Sirviéndole de plácido consuelo
 Al pecho en su amargura.
 Cupido, con su luz desconcertado,
 A soltar la saeta no se atreve;
 Su pecho se conmueve
 Y á Venus se dirige consternado:
 «¡Ay de mí! lo que ordenas, madre mía,
 »Excede mi poder y valentia:
 »Si quieres que obedezca
 »Preséntame enemigos que aborrezca *.»

Al concluir estas palabras retira su arco, coloca el dardo en su flechero, se separa lentamente, y vuelve á cada instante la cabeza para considerar á Psiquis, quien no percibe al Amor, ni aun imagina que exista.

¿Es posible, se decia Cupido, que por mí se sienta inflamada la naturaleza, y sea yo el único ser que no ama? Soy el origen de la felicidad, ¡y la felicidad me es desconocida!

¡Mortales! el veneno sabroso
 Que gustais, por mi mano preparado,
 De gustarle tambien estoy ansioso,
 Pues nunca su dulzura he saboreado.
 ¡Y qué! ¿vuestro contento deleitoso
 Disfrutar no podrá mi pecho helado,
 Siendo yo quien prepara la mistura
 Que causa vuestra plácida ventura?

* Corneille, tragedia de *Horacio*, act. 1.º, esc. 1.ª

Desde este mismo instante se abandonó Cupido al sentimiento que Psiquis le inspiraba, y concibió la esperanza de ser su esposo; mas esta esperanza no podia realizarse sino á la sombra del misterio, porque si Venus le llegaba á descubrir, Psiquis era perdida sin remedio. El Amor conoció la necesidad en que se hallaba de pedir un consejo:

Mas no quiso consultar
 Con Muta*, diosa callada,
 La conducta reservada
 Que debiera de observar.
 No la podia negar
 Su mucha delicadeza,
 Mas temió que su franqueza
 Le vendiera sin querer,
 Pues al fin era mujer,
 Inclinada á la flaqueza.

Cupido por lo tanto se dirigió en busca del sábio Harpocrates, hijo de Isis y Osiris, y dios del silencio.

En el pecho de fuertes varones,
 En las almas de sábios discretos,
 Las hazañas y graves secretos
 Acostumbra este dios á guardar.

* Muta ó Tacita, diosa del silencio entre los romanos. Tambien existia entre ellos otra diosa del silencio llamada *Angerona*, cuya boca estaba claveteada.

Tres murallas de bronce rodean
El altar de este dios silencioso,
Y por no profanar su reposo
Las mujeres no pueden entrar.

Mas á veces la entrada se llena
De señoraspreciadas, chismosas,
En las modas y amor caprichosas,
Que pretenden al dios consultar.

Pero el dios no responde palabra;
Solamente por señas contesta,
Y las damas, con esta respuesta,
Le pretenden en todo imitar.

El Amor al entrar en el santuario vió
un dios bastante jóven, pero de presen-
cia severa, sentado en un trono, al que
comunicaba su sombra un árbol*, cuyas
hojas se asemejaban á la lengua que
debe callar los secretos, y el fruto al
corazon que los guarda. El Silencio te-
nia en la mano izquierda un sello, y co-
locaba un dedo de la derecha sobre sus
labios cerrados: una mitra, cuya punta
se dividia en dos partes iguales, coro-
naba su frente, y á su lado se elevaba
un altar cubierto de legumbres, cuyas
primicias le consagraba la piedad de los
habitantes del Nilo.

* El albérchigo.

‘Poderoso dios, le dice el hijo de Venus, tú, cuya imágen se respeta en los tribunales de Temis, en los consejos de los reyes y en los sagrados recintos de nuestros templos, recordando á los mortales la discrecion que deben observar en los decretos de la justicia, en los secretos de los imperios, y en los misterios de nuestros dioses; tú, cuya vista perspicaz lee en el fondo de nuestros corazones, en tanto que el tuyo es inaccesible aun á los ojos del mismo Jove, vé aquí el motivo que me trae á tu presencia; aconséjame.’

Entonces el sábio Harpocrates tomando un velo, cubrió al Amor, para hacerle entender que no debia de darse á conocer á su esposa si queria que esta no divulgase su secreto, y el Amor siguió el consejo. ¡Infeliz! le compadezco; ¡es tan gustoso no tener secreto alguno para con la persona á quien se ama! Por eso, amada Emilia, he hecho á V. sabedora hasta del mas tierno é íntimo de todos mis sentimientos: mas, por una fatalidad incomprensible, siempre soy yo el que habla, y V. la que calla.

¡Ah! vuestra delicadeza
 Bien me podría fiar
 Sus secretos á la par
 Compensando mi franqueza.
 Y ya que vuestra viveza
 Leer sin parar consiga
 Cuanto mi interior abriga,
 ¿No podré nunca lograr
 Por lo menos deletrear
 En el pecho de mi amiga?



CARTA LIII.

PSIQUIS.

En medio de los homenajes de un pueblo inmenso, y considerada mas bien como diosa que como mortal, llegó Psiquis á la edad del himeneo. Su corte se componia únicamente de sus adoradores, y ninguno se atrevia á solicitar su mano.

De diosa su semblante parecia,
Mil olores sus plantas exhalaban,
Todos á la princesa idolatraban,
Y nadie para esposa la pedia.

Mas cuando el corazon, ya sazonado,
Apetece con ansia aquel deseo,
Que saciar solo puede el Himeneo,
La Beldad se marchita de contado;
Y llora la infeliz interiormente
El no hallar á su edad un pretendiente.

Cada dia se ajaba mas el rostro de Psiquis, y alarmados sus padres, quisieron consultar al oráculo, el que les dió esta respuesta:

«De negras vestiduras encubierta
»Conducid á la roca mas desierta
»Vuestra hija querida:
»Llorad, y retiraos en seguida.

»Allí, según está ya decretado,
 »Dejará para siempre vuestro lado;
 »Que el cielo bondadoso
 »Un monstruo la destina para esposo.»

No pintaré á V. la desesperacion de los padres, ni la fingida amargura de las dos hermanas mayores, que, hallándose mal casadas, sentian muy poco el ver á su hermana menor peor casada todavía. Se arrancaban, sin embargo, los cabellos, vertiendo un torrente de lágrimas; y nadie se admire de esto,

Pues el arte de llorar
 Es fácil de comprender,
 Y la mas torpe mujer
 Le sabe sin estudiar,
 Llegando á la perfeccion
 Con su continua ficcion.

Psiquis, tranquila en medio de esta tristeza universal, y sometida á los mandatos divinos, conservaba aquella serenidad pura, compañera inseparable de la virtud.

Conducid á la cándida Inocencia
 Al pie de un horroroso precipicio;
 Poned súbitamente á su presencia
 El mas duro, cruel y atroz suplicio,
 Y vereis que, tranquila su conciencia,
 No muestra de temor ningun indicio:
 La vista de la Parca solamente
 Asusta y horroriza al delincuente.

Rodeada Psiquis de la pompa fúnebre que parecia conducirla al sepulcro, caminaba inclinados sus ojos al suelo, y diciéndose interiormente:

A los dioses jamas he despreciado,
¿Por qué debo temer su rostro airado?

Si desean mi muerte,

Evitar no podré mi triste suerte;

Mas ¿cómo sin pecar me castigáran,

Y por vano placer me condenáran

A mí, que solo vivo para amarlos

Y cifro mi ventura en adorarlos?

Soy amiga del pobre desgraciado,

Hermana del mortal desventurado,

Y trato con dulzura

A los entes cubiertos de amargura;

Y en fin, el alma mía

Es pura cual la luz del claro día.

Cuanto mas examinó mi conciencia

Aparece mas clara mi inocencia:

Ya no temo la muerte,

Mi pecho se conforma con su suerte:

A los dioses jamas he despreciado,

¿Por qué debo temer su rostro airado?

Mientras asi reflexionaba, llegaron al desierto fatal, donde el padre de Psiquis, encorvado por el peso del dolor y de los años, le dió el último adios: la reina su madre la estrechó por última vez entre sus brazos amorosos; y sus hermanas, sollozando, vertieron el lloro que tenian reservado para esta escena final.

Psiquis al considerarse sola en medio del espantoso desierto, fija sus miradas en los bosques, peñascos y precipicios que la circundan, figurándose á cada instante ver salir de estas cavernas al esposo monstruoso que el cielo le tiene destinado.

Su miedo en ocasiones le figura
Un monstruo tan horrible y espantoso
Que, al mostrarse con ella cariñoso,
Le reserva en sus brazos muerte dura.

Otras veces calmaba su amargura
Diciéndose: "mi genio bondadoso
»Calmará los furores de mi esposo:
»El que adora, capaz es de ternura.
»Mostrándose conmigo complaciente,
»Notará mi carácter apreciable,
»Y será, no lo dudo, mas clemente.
»El Amor puede hacerle mas amable
»Ablandando su pecho empedernido:
»Aunque monstruo, por fin es un marido."

En tanto que Psiquis se abandonaba á estas consoladoras reflexiones, el Céfito, por orden de Cupido, volaba hácia la mansion del Sueño para implorar su socorro.

Este dios reposa en una gruta * os-

* Ovidio coloca al Sueño en una gruta, Luciano en una ciudad; y por esta causa he procurado abrazar ambas opiniones.

cura y tranquila situada en medio de la ciudad de los Sueños. Los habitantes de esta ciudad salen por dos puertas distintas: la una, fabricada de cuerno trasparente, es la puerta de los Sueños verdaderos; y la otra, de marfil resplandeciente, sirve de salida á los Sueños embusteros.

Estos espíritus fantásticos adoptan á cada instante la figura y costumbres que mas les acomodan para salir al encuentro de los extranjeros que se hallan en camino para su ciudad.

Los Sueños verídicos hacen ver á los sábios, á quienes favorecen, los proyectos de los hombres evaporados como humo; á los patrocinadores de corte vendiendo salvo-conductos por alabanzas; presentan á los héroes como gigantes en perspectiva; á los astrónomos vagando por entre los hemisferios, torbellinos y planetas, perdiéndose en los espacios imaginarios, con los átomos redondos ó esquinados; á los oradores de moda, unidos al genio, atrapando agudezas en el aire como si fueran mariposas; á los poetas derretidos bordando arabescos en su telar; á los agricul-

tores académicos plantando cuatro granos de trigo en otros tantos tiestos de porcelana para calcular el producto de las cuatro partes del mundo; á los hacendados, convertidos en pastores, trasquilando con tijeras económicas sus ovejas hasta hacerles saltar sangre, y abandonándolas despues en manos de los desolladores subalternos. En fin, á través del prisma de estos Sueños, que todo lo reduce á su justo valor, el sábio vé indistintamente

Al Orgullo soez y refinado
 Bajo el tosco sayal agazapado;
 La llama de Cupido abrasadora
 En el pecho de cándida pastora;
 La feroz Ambicion, inadvertida,
 Preparando su próxima caída;
 La Virtud delicada y quebradiza
 Al mas ligero choque hecha ceniza;
 La vil Esclavitud entronizada
 De penosos disgustos rodeada;
 El Poder soberano y verdadero
 Reducido al imperio duradero
 Que ejerce sobre todas las pasiones
 El Sábío retirado en sus mansiones;
 El Pobre, sin riquezas opulento;
 El Rico, en su opulencia macilento;
 En los Goces, tormentos y tristeza;
 Y la nada, por fin, en la Grandeza.

Los Sueños embusteros, mucho mas numerosos que los demas, se presentan

á los empleados subalternos bajo distintas formas, ya adoptando el exterior de un ayuda de cámara, ó ya vistiendo el traje de la sultana favorita de un gefe de seccion; y para sorprender á este se ponen la risueña mascarilla de un interventor general. Presentan á los proyectistas minutas de invencion, privilegios exclusivos y resultados seguros, cuya ganancia se aproxime á un mil por ciento. Varios de ellos ofrecen á las doncellitas una prolongada serie de aspirantes; á las casadas el convoy fúnebre de sus esposos; á las viudas el aparato de sus segundas nupcias; y otros representan á los ojos del médico novel las pestes, las epidemias, las ciudades y campiñas cubiertas de moribundos que imploran su ciencia divina, alargándoles al mismo tiempo un repleto bolson que cae de su mano desfallecida. Algunos manifiestan á los jovencitos oradores de Temis la Discordia universal dividiendo á las familias entre sí, innumerables manos preparándose á prodigar alabanzas ú honorarios, y el rio Pactolo bañando con sus arenas de oro la caverna de la Trampa. Otros varios hacen notar á los protec-

tores de las Musas los sillones y solios de laurel que para ellos preparan las academias, y sus bustos de mármol, ennegrecidos por los siglos y perfumes, decorando las plazas públicas. Otros, en fin, realizan á los ojos del fisico y calculista bajeles que por sí solos atraviesan la rápida corriente de los rios, globos que giran por los aires contra el aire mismo, calzado para bailar sobre el agua sin mojarse, carruajes para viajar hasta la luna, cuadraturas de circulo, piedras filosofales, cabriolés que por sí solos caminan, &c., &c. Mas entre estos amables impostores,

A veces uno de ellos, el mas grato
Al amigo de Emilia se presenta,
Y al vivo representa
De su querida amiga el fiel retrato.
Me la pinta sensible, cariñosa,
En mis labios los suyos imprimiendo,
Mil celos infundiendo
En la turba de amantes que la acosa.
Si tan gratas ficciones yo no creo,
¿ Esperar no podré, oh fiel amiga,
Que tú labio me diga
La puerta por do sale este Morfeo?

CARTA LIV.

PSIQUIS.

Despues de haber atravesado el Céfiro
toda la ciudad de los Sueños, llegó fi-
nalmente á la profunda gruta donde re-
posa su soberano, hijo del Erebo y de
la Noche, y hermano de la Muerte.

Sobre lecho bien mullido,
De suave pluma formado,
A la larga está tendido
El dios Sueño, rodeado
Del Deleite y del Descuido.

A sus risueñas facciones
Acompaña la frescura
De las bellas estaciones,
Y tambien las perfecciones
De celeste criatura.

El opio y adormidera,
Las leyes y comentarios,
La ninfea placentera,
Las gacetas y diarios
Le sirven de cabecera.

Junto al lecho del reposo
Un arroyuelo se cria,
Cuyo paso silencioso
Inspira melancolia
Y deleite voluptuoso.

Estos sitios rozagantes
Nunca fueron marchitados

Por las chispas centellantes
De Febo, ni visitados
Por sus rayos penetrantes.

Una luz debilitada,
O vislumbre misterioso,
Cual de lámpara sagrada
Que inspira dulce reposo,
Ilumina la morada.

El tropel engañador
De los Sueños conmovido
Da vueltas en derredor
Y disipan el vapor
De las aguas del olvido.

Al lado del sombrío lecho donde el
Sueño reposa vió Céfiro á sus tres hijos,
Morfeo, Phobetor y Fantasía *.

Morfeo tenia en sus manos un haz
de adormideras. Su nombre significa fi-
gura ó imágen, porque mientras su pa-
dre nos domina, él se nos presenta bajo
las formas de aquellos seres que mas
nos interesan.

Y con sus trasformaciones
Halaga nuestro deseo;
¡ Cuántas veces á Morfeo
Con las bellas perfecciones
De mi amiga en sueños veo!

El terrible Phobetor ó Fantasma es-

* Al Sueño le daban hasta mil hijos, que sin
duda no eran otros que los mismos Sueños, de
quien es padre, y cuya madre es la Imaginacion.

taba envuelto entre sus fúnebres harapos y lúgubres girones; y á su estatura gigantesca unia un rostro pálido y descarnado.

Es el dios de brujería,
Cuyo poder eminente
Dominaba antiguamente
A la Tierra: mas hoy día
Casi vemos derrocado
Su poder ilimitado.

En fin, la tercera hija del Sueño, la caprichosa Fantasia muda de figura á cada instante; rie, llora, desea, se desdenea, va y vuelve, corre y se detiene turbando la imaginacion á cuantas personas se aproxima.

¡Ay de mí! la Fantasia
Por el Sueño es procreada,
Y con todo, amiga mía,
¡Cuánta jóven adorada
Sueña sin dormir hoy día!

En medio de esta corte silenciosa se dirigió Céfiro ligero en busca del Sueño, y levantando la negra cortina que cubria su lecho de ébano, encontró al dios adormecido, sosteniendo en sus manos el cuerno de la abundancia, atributo de la paz que inspira. Entonces, batiendo con ligereza sus alas, le des-

pierta con suavidad y le dice:

Ya que por tí Cupido ha coronado
De rosas á los Sueños y de agrado,
Revisiendo sus cuentos embusteros
De rasgos verdaderos,
Escucha, blandó Sueño, lo que digo
En nombre de mi amigo:

El Amor, ese dios tan poderoso
Que rinde, cuando quiere, al orgulloso,
A quien Jove respeta,
Y todo á su albedrío se sujeta,
Hoy te pide la cosa mas sencilla:
El dormir á una simple pastorcilla.

Los párpados de Psiquis vigilante
Cerrarás al instante,
Quitando de su lado y compañía,
Hasta venir el dia,
Los Desvelos, Vigilias y Temores
Que siguen sin cesar á los amores.

El Sueño se levantó al oír estas palabras, y extendiendo sus sombrías alas que cubren á la vez la mitad del universo, siguió á Céfiro, que le condujo á la roca fatal, donde Psiquis temblando aguardaba á su esposo. El dios del sosiego, posándose blandamente sobre la cabeza de Psiquis, la cubrió de adormideras, y se volvió silencioso á su apacible morada.

Céfiro entonces la coge con dulzura entre sus brazos, baja con ella al pie de la montaña, y conduciéndola á un

jardin delicioso, la deja reposada en un
lecho de cesped, rodeado de mirtos y
violetas. Es tan fresca y halagüeña esta
morada, que tambien nosotros, cara
Emilia, debemos reposar en ella un rato.

¡Qué placer, si en mansion tan opulenta
Mis deseos Emilia secundára,
Y la historia de Psiquis olvidára
En favor del mortal que se la cuenta!

CARTA LV.

PSIQUIS.

¡Oh, qué serenidad tan suave y pura!
 ¡Qué gozo celestial aquí se siente!
 ¡Si será por ventura
 La mansion de Jovino Omnipotente?
 ¿Ó será, que fertil Naturaleza
 Sus inmensos recursos ha empleado
 En cubrir de belleza
 Las flores y verdura de este prado?
 El palacio sencillo y majestuoso,
 De las fuentes el agua cristalina
 Y el bosque delicioso
 Me dicen que será mansion divina.
 ¡Qué ternura y deleite yo respiro!
 Soy feliz, nada falta á mi recreo....
 Y con todo, suspiro
 Sin saber lo que anhela mi deseo.

Asi hablaba Psiquis al despertar de su letargo, dando sombra unos mirtos á su mullido lecho. Despues de este primer movimiento de admiracion se levanta, se dirige hácia el palacio, le recorre con presteza, admira la arquitectura del edificio, y por los ricos adornos que le decoran conoce que en su construccion ha debido tener parte una mano

IV.

F

divina. Sin embargo, en medio de esta magnífica morada no encuentra Psiquis ni aun la sombra de un mortal.

Tan solitaria mansion
Desconsoló su alegría;
Es triste sin compañía
La mas hermosa region.

Mas, al fin, una voz tierna y delicada le dijo: «hermosa Psiquis, tú eres la reina de este palacio; nada tienes que mandar, desea solamente.» En su consecuencia Psiquis deseaba, y al punto presentaban á sus ojos los adornos mas brillantes y los manjares mas exquisitos en medio de los conciertos mas armoniosos, hallándose servida de una numerosa corte, á la que oia sin verla, distinta de la que acompaña á nuestros monarcas, quienes muchas veces la ven sin oirla.

De noche asistió la misma corte invisible á desnudar á la reina, y despues se retiró.

A mitad de la noche se oye ruido:
Descorren las cortinas..... ¿quién ha sido?
Una mano en su rostro Psiquis siente,
Y dice, al rechazarla blandamente:
«El monstruo palpar sabe con dulzura,
» Es mucha de su cutis la finura;
» Jamas conocí fiera mas amable.»

Entonces una voz mas agradable
 Le contesta: « ¡oh ninfa seductora!
 » Aquí tienes al monstruo que te adora,
 » Al que Amor te destina para esposo,
 » Y jura serte fiel y cariñoso ...
 — Si los cielos mi muerte han decretado,
 Mátame, ya me tienes á tu lado.
 — ¿Qué dices? bella ninfa, ¡yo matarte
 Cuando juro sumiso idolatrarte!
 — Y ¡cómo imaginar que tierno fuera
 El pecho sanguinario de una fiera!
 — ¡Ah, mi Psiquis! la fiera mas temible
 En mediando el Amor se hace sensible,
 Y por fea que fuere ó espantosa
 La trasforma Cupido en una rosa.
 Si te basta mi amor y mi ternura
 Hallarás á mi lado la ventura.

A la mañana siguiente, apenas hubo Psiquis despertado, extendió sus brazos para buscar á su esposo, mas este habia desaparecido. Recorre inmeditamente el palacio, los jardines, las selvas, las grutas solitarias, creyendo encontrar en ellas á su monstruo; á cada paso que da, y en cuantos matorrales encuentra presume hallarle, figurándose monstruos en cuanto mira la desventurada Psiquis. Agoviada de cansancio, se sienta al fin sobre un banco de cesp ed, y en este sitio, á falta de lo que busca, forja en su imaginacion por medio de su memoria el retrato del monstruo que la

atormenta, diciendo de este modo :

El monstruo seductor, según recelo,
Es de forma perfecta y ovalada,
Pues siempre que sonríe el picaruelo,
Debajo de su barba delicada
Se le forma un hoyuelo.

Con sus labios pulidos, aunque quiera
No me puede causar notables daños.
Coronado de suave cabellera,
¿Serán negros sus rizos ó castaños?
De ninguna manera ;

Ni serían tan suaves y delgados,
Ni colgáran en rizos por su frente....
Entonces, no lo dudo, son dorados,
Y sus ojos serán forzosamente
Azules y rasgados.

Su brillo aumentarán y su hermosura
Dos cejas de rojizo y suave pelo,
Respirando su rostro la ternura ;
Y su cutis será de terciopelo,
Según es la finura.

¡ Cuál exhala su pecho candoroso
El fresco templador de la mañana !
¡ Qué talle tan ligero y tan airoso !
Y su mano pulida y soberana
¡ Cual turba mi reposo !

Su tierno corazón á veces siento
Que palpita tranquilo y sosegado
En seno de marfil ; su suave acento
Es tan grato, sonoro y modulado
Como su dulce aliento.

Ved al monstruo que pinta mi albedrío.
Oh, bellas, en la edad del Himeneo,
Que me amais y de amaros me glorío,
Mis amigas : á todas os deseo
Un monstruo como el mío.

Estas reflexiones redoblaron la curiosidad de Psiquis, y, como esperaba, el día se le hizo eterno; mas, al fin, la noche tardía le trajo á su esposo invisible, á quien dijo Psiquis, sintiendo que se acercaba:

En nombre del amor y la ternura
Que logré, bello monstruo, merecete,
Comprueba que deseas mi ventura,
Dignándote á mis ojos ofrecerte:
Aunque débil mujer tengo firmeza,
Y no me asustaré de su fiereza.

— ‘¡Ah Psiquis! le contesta el esposo, reprime tu curiosidad, pues ella es frecuentemente el escollo de nuestra ventura: tus hermanas padecen como tú de esta misma enfermedad: mañana han de venir á visitarte al mismo peñasco donde te dejaron abandonada y te llamarán repetidas veces: si contestas, eres perdida.’

La desventurada Psiquis, confundida con tan absoluto precepto, respondió sollozando:

¡Ah! todos los maridos
En su fiero mandar son parecidos:
No niego que un esposo
Podrá, sin ser notado de orgulloso,
Castigar á su amiga levemente;
Mas, solo por manía
Exigir el silencio, es tiranía.

— ‘Pues bien, contestó el esposo compadeciéndose de su llanto, te permito que veas á tus hermanas, y que las colmes de presentes; pero desconfía de sus pérfidos consejos.’

Al amanecer ya las dos hermanas aguardaban en el peñasco: Psiquis las oye, y ordena á Céfiro que las conduzca al palacio. Después de sus primeras caricias, pasaron á reconocer la morada de su hermana menor, y en tanto que la envidia reemplazaba sucesivamente á la admiración, multiplicaban estas preguntas indiscretas:

- ¿Cómo se llama tu esposo?
- ¿Es tu siervo ó tu tirano?
- ¿Es un jóven, ó es anciano?
- ¿Es horrible, ó es hermoso?
- ¿Es adusto ó cariñoso?
- ¿Es amante del placer?
- ¿Te adora, se hace temer,
- Es sensible ó displicente?...
He aquí tan solamente
Lo que anhelamos saber.

Confusa Psiquis, y sin poder responder á tan multiplicadas preguntas, les dijo: ‘Mi esposo es un príncipe jóven que emplea todo el día en la caza.’ Las colmó en seguida de regalos, y Céfiro las volvió á conducir al palacio de su padre,

donde su corazon, inflamado con la rabia y el despecho, les hacia repetir estas palabras:

¡Es posible que viva nuestra hermana
En paises tan plácidos y amenos,
Con un dios enlazada cuando menos,
Imperando cual sola soberana;
Y nosotras en tanto en el olvido,
Esposas de unos principes gotosos,
Flemáticos, enfermos y temosos,
Ni aun tenemos un hombre por marido!

La cruel, á través de su dulzura
¿No viste la malicia que encubria?
Al vernos la taimada, se reía
De nuestra situacion y desventura.

Tan bajo proceder pide venganza;
Y pues ella ultrajó sin miramiento
Nuestros años, honor y nacimiento,
El insulto venguemos sin tardanza.

A la siguiente noche el esposo de Psiquis abrazó á su esposa con ternura, y le dijo: "Amada esposa, en breve serás madre de un hijo, que será inmortal si sabes ser discreta, y le harás mortal si desplegas tus labios."

—Y ¿qué decir podrá la boca mia,
Si nada tu recato la confia?

—Señora, perdonad, es un aviso
Que hacer á las mujeres es preciso;
Y á todo buen marido está encargado
Que sea con su esposa recatado.

Semejante excusa, lejos de satisfacer

á Psiquis , no hizo sino aumentar su descontento ; y al dia siguiente , habiendo sus hermanas notado su tristeza , les descubrió el motivo , diciendo :

« Al esposo que tengo idolatro ,
 » Sin poder ¡ ay de mi ! conocerle :
 » Se me oculta , jamas logro verle ,
 » Y con todo me jura querer .
 » Admirais mi discreta cordura ;
 » Mas sabed que me veo forzada
 » A tenerla , y á no decir nada ,
 » Porque nada he logrado saber . »

Entonces las dos hermanas , aprovechando este momento , cogen á Psiquis de la mano , y en tono de pérfida confianza le dicen :

Sin duda tu marido ,
 Cuando tanto se oculta , es un culpable .
 — ¡ Culpable ! ¿ qué delito ha cometido ?
 — Escucha su intencion imperdonable :
 Apenas des á luz un niño hermoso
 La muerte te dará tu vil esposo .
 — Tal delito no creo ,
 Y menos en su tierna adolescencia .
 — Por cubrir su intencion el crimen feo
 Con el traje se viste de inocencia .
 — ¿ De tan vil proceder es susceptible
 Quien se muestra conmigo tan sensible ?
 — Cual Amor , tu marido
 Se cubre con la gasa seductora ,
 Por venderte mostrándose rendido ;
 Y engañarte fingiendo que te adora .
 — ¿ Un esposo ha de obrar tan bajamente ?
 — Experiencia lo dice , que no miente .

‘Escucha, prosiguieron ellas, el único medio de salvar tu persona y la de tu hijo: oculta cerca del lecho nupcial esta espada y esta lámpara, y cuando el monstruo esté durmiendo á tu lado, levántate sin hacer ruido, toma en una mano la lámpara, en la otra la espada, acércate á tu esposo, y córtale la cabeza.’

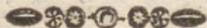
Al concluir estas palabras, dieron un beso á Psiquis para infundirle valor sus pérfidas hermanas, y marchándose en seguida al palacio de su padre, se decian una y otra en confianza:

‘ Aunque luego descubran el engaño
Ninguno dará crédito al suceso,
Todos admirarán el caso extraño,
Mas creer no podrán tan grave exceso;
Y nosotras en tanto, con amaño,
El crédito y honor sacando ileso,
En estilo mordaz y misterioso
Glosaremos el lance portentoso.’

Psiquis, la única persona sobre quien gravitaba todo el peso de la conjuración, esperaba la noche temblando. Parecía que presagiaba el triste resultado de esta especie de trama que casi siempre castiga el Amor al tiempo mismo del desenlace. Ah! si hubiera podido consultarme, pronto le hubiese hecho conocer lo

poco que debia fiar en su supuesta valentia. Ya sabe V. que tocante á este punto puedo servir de ejemplo á los temerarios:

Al mes, ó poco mas de ser tu amante,
Traté de librtar el alma mia
De los grillos de Amor: en el instante,
Revestido de ardor y valentia,
Te busqué, y á tu vista penetrante
Me llené de temor y cobardia:
Sé mi amigo, risueña me dijiste,
Y con tanta dulzura me venciste.



CARTA LVI.**PSIQUIS.**

Ya la Noche tiene andada
La mitad de su carrera :
Nadie su silencio altera ;
Pasa lenta y sosegada.
El doctor queda dormido ,
Comentando texto y glosa ;
El arrendador reposa
Sobre sus cofres tendido.
Mil proyectos inventando
Se adormece el asentista ;
Y el contador calculista
Los guarismos calculando.
El predicador severo
Vela haciendo sermonarios ;
Entre memoriales varios
El ministro justiciero.
Los preciados oradores
Hilbanando silogismos ;
Y enmendando anacronismos
Los graves historiadores.
Componiendo madrigales
El poeta desfallece ,
Y el avaro se adormece
Recontando sus caudales.
El astrónomo reposa
Las estrellas observando,
Y el esposo deseando
Buenas noches á su esposa.

Psiquis únicamente se halla despierta,

sosteniendo en su seno la cabeza de su adormecido esposo. Pero en este momento se desliza de la cama, desenvolviéndose con destreza de entre los brazos del monstruo, y dirige sus pasos al sitio donde habia ocultado la lámpara y la espada: alumbra con aquella y se apodera de esta. El acero mal asegurado brilla en su mano derecha al resplandor de la luciente lámpara que tiembla en su mano izquierda. En esta disposicion, palpitando el pecho, fija la vista y levantado el brazo, se aproxima con pasos temerosos al lecho nupcial; y cuanto mas se acerca tanto mas bella le parece la figura del monstruo.

Quince pasos distante parecia
 Un jóven cazador, Adonis bello;
 A los diez mas hermoso le veia,
 Brillando como el oro su cabello;
 A los ocho por Vesta le tenia
 Segun el terso cutis de su cuello;
 A los seis con un dios le comparaba,
 Al ver que su belleza la cegaba.
 A los cuatro por Céfito es tenido,
 Contemplando su boca placentera;
 A los dos su lozano colorido
 Ostentaba el verdor de Primavera;
 Y á su lado, por fin, era Cupido.
 Amantes que sabeis la viva hoguera
 Que al pecho comunican los amores,
 De Psiquis bosquejadme los ardores.

Del dios la bella jóven contemplando
 Las gracias y hermosura deslumbrante,
 Un arco y un flechero ve rodando,
 Del que saca una flecha en el instante;
 Y sus dedos, estándola probando,
 Traspasa con la punta penetrante;
 Mas ¡ah! su corazon se siente herido
 Y abrasado de amores por Cupido.

¡Qué ternura mas grata y deleitosa
 Gusta su corazon en tal momento!
 Inclínándose Psiquis cuidadosa,
 Respira del Amor el suave aliento,
 Y acercando sus labios temerosa
 En los ojos le besa con gran tiento,
 Pues temia que el Sueño se volára
 Y con armas su esposo la encontrára.

Por desgracia la lámpara luciente,
 Temblando cual su pulso temeroso,
 Una gota despide muy ardiente
 Al seno descuidado del esposo,
 El cual abre los ojos de repente,
 Y al ver á su mujer huye furioso.....
 Hé aqui lo que logra el pecho ingrato
 Con tener al Amor tan inmediato.

En vano Psiquis, para detener á su
 esposo, le coge de un pie y se deja lle-
 var por los aires: á breve rato vino al
 suelo, y en medio de los dolores que le
 causaban su caída y remordimientos es-
 cuchó esta funesta despedida: 'Ingrata
 » Psiquis, mi madre me habia mandado
 » que te diera un monstruo por esposo;
 » me di á mí mismo, y en pago de mi
 » ternura me has querido privar de la

» existencia aun antes de conocerme.
 » Adios: queda á mi cargo el castigar á
 » tus pérfidas hermanas, y á tí te aban-
 » dono para siempre.»

Vuelta en sí de la turbacion, abre Psi-
 quis sus ojos anegados en llanto; pero la
 luz la es odiosa, y la vida insoportable.
 Con la vista desencajada y el cabello des-
 compuesto se dirige á la playa del rio in-
 mediato, se arroja en él y desaparece.

Su cuerpo delicado con dulzura
 Las aguas bulliciosas recibieron,
 Y al estruendo saheron
 Las Nayades á ver tanta hermosura.
 Amor, compadecido de su suerte,
 Acude presuroso á la ribera,
 De Psiquis se apodera,
 Y en sus brazos la salva de la muerte.

Con ella por las aguas caminando,
 Ya corre sin destino, ya se para,
 Temiendo se acabára
 La dicha que se hallaba disfrutando.

Mas al fin á la playa dirigido,
 Al pie de un verde sauce deposita
 La tierna doncellita
 Sobre lecho de musgo bien mullido.

Y en aquella morada deliciosa
 El Céfito, las aves y onda pura
 Desde entonces murmura:

«Aqui durmió de Amor la bella esposa.»

No pudiendo Psiquis soportar la vida
 ni encontrar la muerte, se abandonó á su
 destino, siguiendo la primera senda que

presentó á sus ojos la casualidad. Después de tres dias de un penoso viaje llegó á un pueblecito donde reinaba su hermana mayor, y dijo á esta que el Amor la habia abandonado por casarse con su hermana segunda. No pudiendo la mayor soportar semejante preferencia, vuela presurosa al palacio para indagar la verdad; pero Psiquis se dirige á participar lo contrario á su hermana segunda, y esta, por desbancar á la mayor, llega tambien al palacio poco despues.

Nuestra jóven observad,
 Ya dos veces ha tomado
 Un camino reprobado
 Por huir de la verdad.
 De tan pérfida maldad
 Ignoro si se ha valido
 Por engaño, por olvido,
 O por no desmerecer
 El renombre de mujer;
 Mas al fin siempre ha mentido.

Víctimas las dos hermanas de semejante engaño, una y otra se encuentran en el peñasco desierto, desde el que llaman á Céfiro, hasta entonces fiel á sus mandatos; y persuadiéndose que, como en otras ocasiones, las recibiria en sus brazos, se abandonan á él, se precipitan y quedan sepultadas en el

fondo del abismo que circundaba el jardín del Amor. En tanto la Fama se había dirigido en busca de Venus, y encontrándola en casa de Tetis, le participa que su hijo se halla enfermo.

— ¡Enfermo Cupido! ¿qué, dime, le ha dado?

— Anoche su pecho la esposa quemó.

— Su esposa! ¿qué dices? Cupido casado?...

Y ¿quién para tanto licencia le dió?

— La ley poderosa de fuerte Natura.

— ¡Sin nada decirme!!! ¡terrible inquietud!

Mas ¿quién de Cupido movió la ternura?

— Un bello conjunto de gracia y virtud,

Que Psiquis se nombra. — ¡La ninfa traidora

Que altares y culto me quiso robar;

Sin ver mis enojos, la vil seductora

Al hijo que adoro me quiere usurpar!

Mi cólera tema, si á tanto se atreve,

Castigo merece su loca ambicion:

Si tal consintiera, bien pronto la plebe

Del cielo ocupára la bella mansion.

Al concluir estas palabras, la madre del Amor vuela al Olimpo, donde encuentra á su hijo enfermo y acostado: le dirige una mirada severa, y despues de reconocer su herida le dice: "Aquí te traigo un médico que curará tus males en poco tiempo." El Amor entonces, levantando su vista, vió al lado de su madre una figura espantosa de cuerpo largo y extenuado.

Esta triste fantasma femenina,
De rugoso y de pálido semblante,
Y de vista feroz y penetrante,
Es hermana carnal de Medicina.

Se distinguen las dos notablemente
Cuando quieren curarnos nuestros males;
La una debilita á los mortales,
Y los mata la otra impunemente.

Cuanto mas el Amor consideraba esta pálida efigie, tanto menos la reconocia. En vano recorria en su imaginacion los lugares que por lo regular habia visitado: ni en los retretes de los dioses ó príncipes, ni en las casitas de los discípulos de Pluto, ni en las celdas de los sacerdotes de Júpiter ó Juno, ni aun de Cipse, en ninguno de estos sitios recordaba el haber encontrado al espectro desconocido. Venus en fin, para sacarle de tanta inquietud, le dice: "aquí tienes la Dieta, hijo mio; encomiéndate á sus cuidados, y tu cura será infalible."

Pero Venus sin duda se ha engañado:
Abstinencia no cura los Amores.
Esperanza mi amiga ha recetado
Para dar un alivio á mis dolores.
Su receta mi fuego no ha calmado,
Aun siente el corazon vivos ardores:
¿Y será tan cruel para conmigo
Que no cure los males de su amigo?

CARTA LVII.
PSIQUIS.

Viuda antes de ser madre buscaba Psiquis á su esposo por todo el universo, guiada únicamente por su dolor: en su penoso viaje encontró sobre la cumbre de una montaña un templo dedicado á Ceres, y dirigiendo á él sus pasos hizo esta súplica á la diosa: «Per-
 »mitid que, para evitar las persecucio-
 »nes de Venus, me oculte entre esas
 »espigas que la piedad consagra en vues-
 »tros altares.» Ceres le respondió sus-
 pirando:

Tu suerte me lastima,
 Y de tanto infortunio, si pudiera,
 Libertarte quisiera;
 Mas Venus, ya lo sabes, 'es mi prima,
 Y con ella no quiero disensiones,
 Pues los primos se deben atenciones.

La viuda del Amor, desatendida por Ceres, se presentó en casa de Juno, y le dirigió la misma súplica; mas, al oír

las quejas de Psiquis contra Venus, exclamó Juno:

Siempre fué vengativa,
Incapaz de ceder á la ternura,
Y su ambicion altiva
Turbó no pocas veces mi ventura;
Mas Venus es mi nuera
Y quizá, si te oculto, se ofendiera.

Con este segundo desprecio ya no se determinó Psiquis á presentarse en casa de ninguna otra diosa: veía sembrado el Olimpo de hermanas, nietas, tias y sobrinas de Venus, que á su vez la depreciarian por consideraciones de alianza ó parentesco. En tal conflicto determinó buscar á Cipre y ponerse á su disposicion, esperando, con semejante rasgo de nobleza, excitar su generosidad.

En tanto Venus, fatigada de buscar sin fruto á su rival, se fué á casa de Mercurio y le dijo: «hermano mio, en estas tablillas he grabado las señas de una esclava fugitiva, y la recompensa que prometo al que me la presente. Corre y publica este bando.» Al instante se pone en marcha Mercurio, y recorre los caminos reales, las encrucijadas, los puertos, los mercados y las

plazas públicas, cuyos dominios ya se sabe le pertenecen, y lee en voz alta el siguiente edicto:

La ley vituperó, no sin motivo,
Al que oculta un esclavo fugitivo;
Y Jove salvará, si conviniere,
Al mortal que por ley se persiguiera.
Venus, diosa de Cipro y Citerea,
Al amante salud y paz desea:

Nos hacemos saber que se ha fugado
Cierta sierva de talle bien formado,
De lustrosa y dorada cabellera,
Que goza del verdor de primavera
El marfil de su tez resplandeciente,
Y que Psiquis se llama finalmente.

Al mortal que por dicha la encontrare
Y á la villa de Pafos la llevare,
Venus, á tal servicio agradecida,
Le dará siete besos en seguida;
Y el último será con tal agrado
Por la diosa compuesto y sazonado,
Que exceda su sabor en la dulzura
A los besos que imprime la ternura.

Inmediatamente los mortales, ansiosos de obtener la recompensa, se ocupan en la persecucion de Psiquis: engañados por las señas, detenian en los caminos y á las puertas de las ciudades á la juventud y á la hermosura.

De tal modo la suerte caprichosa
A las jóvenes bellas perseguia,
Que usted sin pasaporte, Emilia mia,
Hubiese parecido sospechosa.

En tanto que los mortales buscaban á Psiquis en la tierra, la ninfa estaba á los pies de Venus, confiada en su generosidad. Pero la diosa, olvidando que el perdon es la única venganza propia de los dioses, la hizo cargar de cadenas, mandando á sus ninfas que la azotaran. Psiquis, en medio de sus tormentos, le suplicaba que tuviese piedad de su estado, y considerase que iba á ser madre; pero Venus, creyéndose nuevamente ultrajada, replica con furor:

¡ Con insultos pretendes aplacarme!....
Ab, ninfas, á la jóven altanera
Herid sin compasion hasta que muera.
¡ La cruel, no contenta con robarme
Al hijo idolatrado, no recela
A mi edad juvenil hacerme abuela!

Asi hablaba Venus, hiriendo al mismo tiempo á Psiquis en el rostro y desgarrando sus vestidos. Pero, sabiendo que el Amor, extenuado por el régimen de la Dieta, habia caido en una extrema debilidad, abandonó á su víctima por volar al Olimpo, en donde tomó al hijo entre sus brazos, y, estrechándole contra su corazon, pasó la noche al lado suyo. El disgusto y la falta de descanso

desfiguraron el semblante de la madre de Cupido: lo conoció al romper el alba, y llamando á Psiquis le dijo: Corre sin detencion á casa de Proserpina, y dile de mi parte que Venus necesita una caja de belleza para reparar la que ha perdido durante la enfermedad de su hijo.

Psiquis debia perecer en este mensaje; pero bajó al Averno con aquella seguridad que acompaña á la inocencia, y todos los obstáculos se desvanecieron.

Halagaba sus pies el Can-cervero;
 Las Sombras inclinaban la rodilla;
 Y el avaro Caron en su barquilla
 La pasó por dos veces sin dinero.

Proserpina misma no pudo ver sin conmoverse las candorosas gracias de Psiquis, y le dijo al entregar la caja que pedia: "envidio á Venus la suerte de
 » poseer tan amable mensajera; y, si no
 » fuera por respetos suyos, te recomen-
 » daria á mi primer médico, el que con
 » una simple receta no tardaria en colo-
 » carte á mi lado para siempre; pero
 » Venus se enojaria, y con razon. Adios;
 » llévale esta caja, y guárdate de mirar
 » lo que contiene, pues á tí nada te im-
 » porta."

La prohibicion excita la curiosidad. Psiquis, al salir de los infiernos, miraba, volvía y revolvia sin cesar la caja por ver si al menos adivinaba lo que contenía, y despues decia entre sí misma:

No fuera ciertamente gran locura
 Descubrir esta caja tan cerrada,
 Y ver lo que parece la hermosura
 En estrecho recinto sepultada.
 Mas la diosa me dijo con dulzura:
 «Guárdate de mirar lo que contiene,
 »A tí nada te importa lo que tiene.»
 Dejarla sin abrir será cordura.

A lo menos contenta quedaria
 Si por un agujero ver pudiera,
 Pues así la belleza fisgaria
 Y á la diosa también obedeciera.
 Recuerdo que mis ojos cierto día
 Notaron sobre varios tocadores
 Mil unguentos, emplastos y colores;
 Mas esto la belleza no seria.

¡Ah! si de la que llevo la receta
 Llegase á descubrir y la mostrara,
 ¡Qué victoria la mia mas completa!
 Cual á diosa mi sexo me adorara.
 Y ¿quién me tacharia de indiscreta
 Por buscar este don inapreciable,
 Que sin duda me haria mas amable?
 La belleza no debe estar secreta.

A pesar de este interno soliloquio, no se determinaba Psiquis á abrir la cajita, conservando todavía algun escrúpulo; pero la dejó caer por distraccion para ver

si se abria por casualidad. Mas, no habiendo el acaso completado los deseos de Psiquis, apresuró esta la catástrofe colocando, sin querer, la tapadera de la caja hácia abajo, y en vez de encontrar dentro á la belleza, vió exhalar un vapor infernal, que se apoderó de sus sentidos y la sumergió en un sueño soporífero.

Por fortuna el Amor, ya convaleciente, se paseaba aquella tarde por primera vez.

Por un Genio parece conducido
 A su bien el amante:
 Por él seguramente habré podido
 Encontrarte, oh amiga, á cada instante;
 Este mismo al Amor hoy ha guiado
 Al sitio donde está su bien amado.

Cupido, recogiendo el vapor mortífero, y encerrándole cuidadosamente en la caja, despertó á su esposa, y, despues de abrazarla tiernamente, le dijo: «apre-
 » súrate, amada Psiquis, á llevar esta
 » caja á mi madre, en tanto que yo me
 » dirijo á suplicar á Júpiter que consien-
 » ta en nuestro himeneo.»

Ya Vénus irritada, al ver ajada su hermosura, habia roto de cólera tres fie-

les tocadores, y se disponia á consultar el cuarto, que probablemente hubiera sufrido la misma suerte, cuando Psiquis se presentó con la caja misteriosa. Jamas la reina de Citeres habia sabido apreciar tanto el mérito de lo que encerraba.

Mientras Venus recibia la apetecida caja que Psiquis le presentaba, el Amor, débil y con paso trémulo, llega al palacio celeste, y arrojándose á los pies de Júpiter, le dice: "querido padre, ó concededme á Psiquis para esposa, ó quitadme la existencia, pues sin mi amada la inmortalidad es insoportable." El buen Jovino, enternecido, levantó á su nieto con fingida severidad, diciéndole: "Ya, ya he sabido lo que quisiera ignorar; la falta es grave, hijo mio....." — Pero única, y acaso ningun dios podrá decir otro tanto."

Al escuchar este argumento directo, hizo Júpiter un esfuerzo sobre sí mismo, añadiendo con la bondad que las circunstancias exigian: "consiento en perdónar tu primer error, con tal que para lo sucesivo me prometas una prudencia... — Igual á la vuestra, padre mio." Confundido con este elogio el monar-

ca celeste, se avergonzó por primera vez; y, reuniendo el consejo secreto de los dioses, les dice:

Ya sabreis que mi nieto se ha portado.

El bribon con su rostro de inocente
De nuestra confianza se ha burlado;

Mas yo juró le pese al insolente!...

Con gusto perdonára su locura

Si fuera en sus caprichos mas prudente:

Parece, sin embargo, que Natura
Los enredos llevó tan adelante

Que tendrá consecuencias la aventura.

Y ya que conoceis, pues es constante,

Que siempre que se casa un libertino

Corrige sus costumbres al instante,

Hoy mismo, caros hijos, determino

Unir al burlador con la burlada,

Y confórmese Amor con su destino.

— ¡ Ah! señor, dijo Venus enojada,

Adoptando medida tan opuesta

Quedará nuestra cuna deshonrada.

— Yo sé que su familia es muy honesta.

— Convengo, lo será; mas no desmiente

Su mortal condicion. — ¡ Brava respuesta!

¿ Esa pena te affige solamente?

Desecha tus temores y recelo;

Con hacerla inmortal está corriente:

Ya ves que darte gusto solo anheló.

Al escuchar estas palabras, aplaudieron los dioses su resolucion, y Venus, reducida al silencio, consintió en ser abuela.

Con la vista inclinada, y cruzadas las manos sobre el seno, se presentó

Psiquis ante los dioses, quienes admiraron en ella las gracias lozanas de la infancia, y las primicias de la maternidad. Júpiter, tomándola de la mano, le presentó un plato de ambrosía, diciéndole:

Ven, Psiquis, á los brazos de Jovino,
Pues vivir inmortal es tu destino;
Y pronto, por tu medio, me prometo
Adoptar al Deleite por biznieto.

No tardó en verificarse la predicción de Júpiter, y á breve tiempo dió Psiquis á luz este amable dios, con el que V., amable Emilia, me ha hecho familiarizar. Por el siguiente bosquejo decidirá mi amiga si he logrado conocerle.

Amar de todas veras
Al bien idolatrado
Y verse sujetado
Con gusto á la beldad;
Las penas desahogando
En su sensible pecho,
Viviendo satisfecho
De su sinceridad;
Gozar á cada instante
Las dulces sensaciones
Que dan los corazones
Unidos por amor;
Vivir abandonado
A cándida ternura,
Gustando la dulzura
Del mas corto favor;

Al plácido delirio
 De amor abandonarse,
 Sabiendo aprovecharse
 Del gozo y del placer;
 Creyéndonos felices,
 Si algun placer gustamos,
 Y mas, si descamos
 La gracia merecer;
 Si con la resistencia,
 Nos vemos irritados,
 Y al punio moderados
 Por medio del pudor;
 Gozar de los placeres
 Con calma y sin apuro
 Es el Deleite puro,
 El hijo del Amor.

Tal es, amada Emilia, la fábula de Psiquis y el Amor. V. comprenderá fácilmente los secretos que encierra esta ingeniosa alegoría, de la que solo he bosquejado á V. lo mas preciso. En Apuleyo, que sin duda es el Autor de ella, encontrará V. detalles mas extensos y agradables; y tambien nuestro inmortal fabulista *, que ha compuesto un romance de estas aventuras, podrá interesar á V. por aquellas gracias naturales que él solo sabe expresar.

* Hay un poema sobre el mismo objeto, del que haria un elogio si no me hubiera propuesto abstenerme tanto de alabar á los vivos como de motejar á los muertos.

Despues que La-Fontaine con diestra mano
Este cuadro trazó , la Musa mia
No debió retocarle , si queria
Conservar el honor ilesó y sano.

Mas adoro ; y Amor nos pone llano
El mayor precipicio cuando guia ;
Respeto á La-Fontaine , y mi osadía
Amor perdonará , pues es humano.

Sin estar como aquel favorecido
De las Gracias , crei sencillamente
Que pudiera sembrar lo recogido

Por mi Ámor en tu huerto floreciente.
Si la pena merezco de atrevido ,
A Emilia culparé tan solamente.



CARTA LVIII.**LA AMISTAD.**

Qué! ;habia de haberos hablado del nacimiento, hazañas, culto y aventuras del Amor, y no habia de deciros ni una sola palabra de la Amistad!

;Ay de mí! las estatuas y templos del hijo de Venus aun cubren la tierra; sus leyes se han perpetuado hasta nuestros dias; las hemos recibido de nuestros padres para trasmitirlas á nuestros hijos, los que probablemente las trasmitirán á los suyos; ¿y la Amistad? ¿en dónde se encuentran los vestigios de sus altares? ¿quién nos ha trasmitido sus leyes? Sus vasallos, si es que existen, ni aun osan presentarse. El culto del Amor es hoy dia la religion dominante, y los adoradores de la Amistad forman una secta oscura, que ni tiene templos ni sacrificadores.

Los griegos, no obstante, la habian divinizado, y la denominaban la *Divinidad*

de las almas grandes ; pero este título era puramente honorífico.

El Vicio , revestido del agrado ,
 Nos deslumbra con rostro cariñoso ,
 Y consigue por fin el verse amado .
 La Virtud , con semblante muy rugoso ,
 El terror comunica , y olvidado
 Muere quien la practica silencioso :
 La Virtud tanto menos es amada
 Cuanto mas es temida y respetada .

Esta es la diferencia que siempre ha existido entre el Amor y la Amistad .

Parece que los romanos la consolaron en algun modo del olvido de los griegos . La solian representar bajo la figura de una jovencita , y no les faltaba razon para hacerlo . Pues , aunque el Amor preside á la Primavera , y la Amistad al Invierno de nuestra vida , no sin motivo debieran darse muchas veces al Amor las propiedades del Invierno y á la Amistad las de Primavera ; porque , segun nos lo enseña la experiencia ,

El Amor frecuentemente
 Marchita la juventud ,
 Y Amistad perpetuamente
 Remoja la senectud .

Se representaba á la Amistad cubierta con una túnica , en cuyo remate se

hallaba grabada esta inscripcion: *la muerte y la vida*. El sentido de estas palabras le comprende fácilmente el corazon de los verdaderos amigos.

Hasta la tumba debiera
 Conservar el corazon
 La gustosa sensacion
 Que sintió como primera.
 El que la llega á sentir
 Y ha gustado sus sabores,
 Cuando se halla sin amores,
 Le parece no vivir.

En la frente de la diosa se leía esta inscripcion: *el Verano y el Invierno*, para manifestar sin duda que la Amistad no pertenece á la juventud, sino que es el fruto de la razon que madura durante el verano de nuestra vida, y disfrutamos de ella en nuestro invierno. ¡Felices aquellos, amiga mía, que anticipan la madurez de este fruto!

La estatua de la Amistad tenia una abertura en el lado izquierdo, y el índice de la mano derecha apuntaba al corazon, en medio del cual se leían estas palabras: *de cerca y de lejos*.

Que de lejos y cerca el amigo
 En su pecho la imágen abriga
 De su íntima y cándida amiga,
 ¿Quién decirlo podrá como yo?

¡Cuántas veces en tierno delirio
Me figuro que estoy á su lado ,
Y declara mi pecho turbado
El placer que de verla sintió !

Otras veces , soñando , presumo
Que los dos á la selva corremos ,
Y en su verde tapiz nos tendemos
A la sombra del sauce ó laurel .

Alli mismo le dice mi pecho
Los deseos , proyectos , temores ,
La esperanza , consuelo y amores
Que perpetuos dominan en él .

Si sus ojos se cubren de llanto ,
Si consuela mi duro tormento ,
De placer dominado me sienta
Y le doy un abrazo ideal .

Mas en tanto que Céfito alegre
A decirle mi amor se apresura ,
Yo disfruto de nueva ventura ,
Y esperanza consuela mi mal .

Si mi pecho atrevido declara
Sus amores y celos ausente ,
En estando mi amiga presente
¿No dijera tambien su pasion ?
¡ Quién lo duda ! los dulces acentos
Que ternura dictó no varian ;
Y á sus plantas mis labios dirian
Los ardores de mi corazon .

La compañera perpetua de la Amis-
tad fué en otro tiempo la Fidelidad , la
que tamhien solia acompañarse con el
Amor : ¡ ah , cual se han mudado los
tiempos !

La Fidelidad, cuyos atributos suelen confundirse con los de la Buena Fe, tenía un templo en Roma inmediato al Capitolio, que, según dicen, se le consagró Numa Pompilio á la diosa, y en él estaba representada con las manos unidas, y cubierta con una túnica blanca. Por este motivo sin duda la llama Virgilio *Cana Fides*, aunque otros aseguran que este epíteto se le dió para manifestar la senectud de esta diosa, ya emblanquecida por sus años; pero semejante interpretación no puede convenirle hoy día;

Pues, según se me figura,
Es tan poco lo que dura
Que ni tiempo suele dar
A llamarla por su nombre:
Es cual niño, no te asombre,
Que muere sin bautizar.

A los pies de la diosa se suele poner un perro blanco; símbolo que también pertenece á la Amistad, y no sin motivo, pues el perro une á su fidelidad el cariño constante.

Los sacerdotes de esta diosa vestían como ella un largo ropage blanco que les cubría la cabeza, y hasta les ocul-

taba las manos. Nuestros petardistas conocerán la propiedad y fuerza de este último emblema. Los sacerdotes presentaban las ofrendas en el santuario de la diosa, pero sin manchar sus altares con la sangre de las víctimas.

En el frontispicio del templo se veían dos manos derechas unidas estrechamente; tambien nuestros comerciantes han colocado sobre sus puertas el emblema de la Buena Fe, sin duda para manifestar al público el retrato á falta del original.

Otro emblema han dejado los romanos de la Fidelidad, que consiste en dos tiernas vírgenes agarradas de la mano, y jurándose una constante amistad.

Mas yo, por consolidar
El cariño y la ternura
Que su noble pecho jura,
Habíalas de obligar
A que tuviesen al lado
Cada cual á su adorado.

Pero estos monumentos erigidos en honor de la Fidelidad han sido destruidos por el Tiempo; y olvidados por la Indiferencia. Hasta su nombre ha sido desterrado en el estilo moderno por la

Inconstancia, divinidad fugitiva, á la que nuestros contemporáneos rinden por orgullo un frio y estéril homenaje. Asi es que la Vanidad, mas bien que la Ligereza, ha sido la que ha desterrado á la Fidelidad de nuestro suelo, poniendo á la Dicha en ridículo.

Los dioses reservaron,

¡Oh fiel amiga mia!

A nuestra simpatía,

Constancia y amistad

El levantar el templo

Y establecer el culto

Que permanece oculto

De la Fidelidad.

¡Asi nuestra ternura

Los hombres imitasen,

Y unidos caminasen

Con su cara mitad!

Gozando en esta vida

La plácida ventura,

Los gustos y dulzura

Que causa Intimidad.

El Cielo bondadoso

Conceda á los humanos

Los goces soberanos

Que da Sinceridad;

Y cada cual unido

A su Emilia adorada

Arribe á la morada

De la Felicidad.

FIN DE LA CUARTA PARTE.

ÍNDICE.

A EMILIA.	pág.	v
TITON Y AURORA.		1
CÉFALO Y PROCRIS.		8
FLORA, PALES, FAUNO, Y SILVANO.		19
POMONA Y VERTUMNO.. . . .		36
PAN Y SIRINGA. ECO Y NARCISO. . .		42
PSIQUIS.	desde el 59 hasta el	98
LA AMISTAD.		110

INDICE

A. KILIAA 7
TITON Y ABRORA 1
GENERAL Y PROGRES 3
FLORA, FAUNA, Paises, FARMACOS, Y SILENCIO 19
POMONA Y VEREDAS 28
PLAN Y BARRIO. ECO Y ZONAS 42
PSIGIS 88
LA ANSTAD 110

